

Carmen Delia Bencomo

**El tiempo
de la estrella**

OBRA SELECTA





El tiempo de la estrella

1.ª edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

© Herederos de Carmen Delia Bencomo

© Fundación Editorial El perro y la rana

Compilación:

Milagro Meleán

Edición y corrección:

Milagro Meleán y Ennio Tucci

Diseño y diagramación:

Ennio Tucci

Ilustración de portada:

Ludwianna Piñero Pereira

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-5364-2

DL: DC2023001428

El tiempo de la estrella

**OBRA SELECTA DE
CARMEN DELIA BENCOMO**

Compilación: Milagro Meleán

«Pregúntale a la estrella dónde guardó la luz»

Con motivo de celebrar el centenario de Carmen Delia Bencomo (el pasado 5 de julio de 2023), el Fondo Editorial del IBIME que lleva su nombre, desde la ciudad de Mérida, ha emprendido una serie de acciones para la puesta en valor de su legado, con el apoyo del Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Una labor que contempló la creación de una bienal nacional de literatura en su nombre, así como la edición de su obra conocida e inédita, con el objetivo de ponerla en las manos de los lectores para revitalizarla y honrarla dentro de la literatura venezolana.

El secreto de las cosas se anuncia cuando la literatura emerge entre ellas como un endriago. La obra de Carmen Delia Bencomo (1923-2002) se desplaza ante el misterio que construye la literariedad en torno a lo que se le revela.

En este compendio de textos se hace un recorrido por toda la obra conocida, de esta autora, transitando en los varios géneros literarios, tonos y voces que con gran versatilidad Bencomo creó, casi como una bitácora de sus viajes, encuentros y despedidas. Aunque muchos de sus libros los concibió pensando en los niños (*Muñequitos de aserrín*, 1958; *Cocuyos de cristal*, 1965; *Los papagayos: teatro para niños*, 1968; *Diario de una muñeca*, 1972; *Los cuentos del colibrí*, 1984; *Cantaclaro*, 1997; *Las campanas mágicas de Don Gaspar*, inédito; *33 Minicuentos para dormir ratones*, 2016; *Caja de poesía*, 2023; entre otros), otra parte de su

literatura se desplaza hacia su *yo* más íntimo, el más doloroso e incluso, el que retrata las diversas realidades que empañan a la sensibilidad humana, a Carmen Delia Bencomo. Sus novelas (*Tiempo de sombra*, 1977; y *Diario de una muñeca*, 1971) enuncian desde un sentido sociológico los estadios que atraviesa la mujer en medio de su desarrollo, su rol como entidad que ha tenido que moldearse en los diversos escenarios de la historia:

«Comenzó sus interrumpidos estudios y una leve luz se ponía en sus ojos. “Tal vez cuando termine pueda mirar más claro” pensaba, y una ilusión le llenaba el día, la noche y poco a poco vivía como si no existiera sino ella sola»¹.

Entre sus textos inéditos —hasta ahora—, se revela la poesía con carga erótica que ha estado oculta (*Mi bosque sorprendido*), además de otros textos que se sumergen en la introspección, partiendo de una nueva forma de estructurar el cuerpo del libro que Bencomo ha ideado (*Poemas de Entrecasa* y *Sortilegios*) y que pudo introducirnos con los libros *Con el camino*, 1986; y *Rostro de soledad*, 1964.

Es pues, una obra basta que contempla el quehacer literario y poético de una mujer escritora que mantuvo la esperanza, la ternura, la luz y el consuelo en la estrella más cercana a su comunión con los otros y su mundo.

MILAGRO MELEÁN
ENNIO TUCCI

1 Bencomo, Carmen Delia (2022). *Tiempo de sombra*, pág. 115. Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo-IBIME. Mérida, Venezuela.

OBRA INFANTIL



Narrativa para niños, niñas y jóvenes

Cantaclaro el hijo del viento

Cansado el viento de tantas murmuraciones sobre su vida errante y el desconocimiento de muchas personas, acerca de su ayuda a la tierra, decidió una mañana hacer un pájaro.

—¡Cantará como el agua! —dijo, y llamó a la brisa, la fuente y la luna, sus amigas, para pedirles un poco de frescura, música y luz.

Varios días y varias noches inventaron plumas, unieron colores, probaron campanas y por fin el pájaro quedó listo. Le dieron por nombre Cantaclaro. El viento, la luna, la brisa y la fuente desearon que todos lo conocieran, y llamaron a la nube y ésta, al escucharlo, lloró de alegría. Una fina lluvia bañó la tierra y, como hacía un día claro, el Sol recogió su llanto y lo convirtieron en arcoíris.

Después vino la mariposa recién salida de la crisálida y cuando lo escuchó se fue a contarlo de flor en flor.

Y llegaron los niños de la escuela, quienes para acompañar sus canciones se pusieron a danzar. Entonces la brisa, la fuente y la luna lo enviaron a la fiesta del bosque, donde ofrecían un premio al mejor cantante y a la más linda canción.

—¡Canta sin miedo! ¡Sé fuerte y valiente para sostener tu canto! —le dijo el viento.

—¡Canta siempre con voz dulce y alegre! Repite los sonidos con claridad y belleza —le dijo la brisa.

—¡Canta con la frescura del agua! —le dijo la fuente.

—¡A tus cantos agrega un poco de mi luz! —le dijo la luna.

Cantaclaro llegó al bosque donde estaban reunidos todos los pájaros y cuando le tocó su turno, lo hizo sin olvidar los consejos de su padre y sus protectoras. Una fuente lo invitó a silbar. Detenidamente lo miró con sus ojos de agua limpia y le preguntó:

—¿Quién eres? ¿Quién te envía? ¡Silbas muy hermoso! —Y Cantaclaro calló tímido y emocionado.

—¡Tienes la magia de la luna y la frescura de la brisa! —le volvió a decir la fuente. Cantaclaro sonrió, batió sus alas y cantó con más alegría. La fuente lo llevó a presencia de la rosa.

—Rosa, este pájaro canta como el viento, la brisa, el agua.

—Lo llevaremos al árbol de la vida —dijo la rosa y lo acompañó hasta el corazón del bosque.

—¡Mira! ¡Te traemos el hijo del viento! —dijeron sus amigas.

—Debe ser fuerte como su padre y sus canciones frescas y suaves como la brisa, la luna y el agua — dijo el árbol de la vida, y Cantaclaro, estimulado con aquellas palabras, cantó y cantó...

—¡A mí también me gusta! —dijo el árbol de la vida.

Las hojas de los árboles, las aguas del río y las fuentes; los otros pájaros y el pueblo entero conocieron del triunfo de Cantaclaro, y él, muy contento, regresó a su casa donde lo esperaban sus padres y amigos.

—¡Hijo, vienes vencedor! —le dijeron—. ¡Cuánto habrás sufrido! ¡A qué duras pruebas te someterían! ¡Cuántas palabras de elogio dirían en tu presencia! Más, no debes envanecerte. Sigue con tu humildad, siendo cada vez mejor, para que todos comprendan la utilidad del viento y la gran ayuda que prestas a los demás.

De *Cantaclaro el hijo del viento* (1997)

El cuento de la Cigarra niña²

Cuando la cigarra llegó al barrio de las margaritas, eran pocos los que en este mundo sabían cantar. La cigarra llegó callada, con su traje de tierra y sus patas escondidas. Empezaron a murmurar todos, principalmente la mariposa y el loro. Nadie sabía en el barrio que las cigarras son unos seres hechos de sol y de música. Y en lo que la tarde asomó la cara, la cigarra se abrió el pecho, fue graduando un poco sus cuerdas, modulándolas, y lanzó su canto firme, uniforme, sostenido, un canto que agujereaba el aire, el azul, el cielo. Entonces comenzó la envidia. Dijo la mariposa a la cigarra:

—No tienes este vestido mío que lo renuevo todos los años con rocíos y estrellas.

Y dijo el pavo real:

—Yo soy feliz porque me hice poner en las alas todas las mariposas del mundo.

Y dijo el loro:

—Yo tengo plumas rojas en las alas y en la cola, y a veces canto.

Y dijo el caracol:

—Yo soy como una perla aplastada que cayó de un mar lejano, por eso no puedo caminar bien, pero mi color es fino.

Y dijo el bachaco:

—Yo cargo con troncos y los escondo bajo tierra para que mis hijos no tengan frío en el invierno.

2 Primer premio en el Concurso del Cuento Infantil, promovido por el Banco del Libro en Caracas, 1965.

Y dijo la cerbatana:

—Aunque soy delgada y muda protejo las rosas. Yo des-
ciendo de la jirafa, lo que pasa es que soy más pequeña.

Y dijo el cigarrón:

—Yo hago mis casas dentro de la madera para que allí nazcan
mis hijos, y a mí me copió el hombre cuando inventó el avión.
Sé rugir como los aviones y también aterrizar. Cansada ya la ci-
garra de tantas palabras, voló a una rama, desperezó un poco sus
alas, afinó sus cuerdas, y dijo solemne ante la asamblea:

—Mariposa, tú tienes lindos colores en las alas, pero eres
muda, lo mismo que el pavo real, que te robó muchos rojos,
verdes, azules, para vestirse, y la belleza eterna no es muda.

—Y tú, pavo real, además, eres necio y fatuo.

—Loro, porque tienes dos plumas rojas en las alas, dices que
eres bello y no has pasado de charlatán.

—Tú, caracol, cállate, no tienes color ni voz; y tú, bachaco,
aunque protejas tus hijos, asaltas y robas las hojas de los árbo-
les y también te comes los hijos de las mariposas, los hijos de
las lombrices, de las arañas, que tienen derecho a la vida.

—Tú, cerbatana, y tú, cigarrón, ¿para qué sirven ustedes?
Una es flaca como una rama difunta, y el otro es hinchado
como una semilla. Todos ustedes son torpes. La belleza está,
según lo dispuso Dios, en el canto. Cuando un pájaro canta
en el bosque, nadie pregunta de qué color será. Ustedes se han
reído de mí, porque mi traje es humilde y del color de la tierra.
Yo soy el único ser que nació para cantar y que muere can-
tando. Cuando amaneció, la mariposa halló al pie de una rosa
dos alas casi blancas que se confundían con la tierra, con el
aire, que dialogaban con el rocío, con los primeros retoños, con
las últimas neblinas.

De Los cuentos del colibrí (1984)

La lunita traviesa

Todas las mañanas Mamá Luna espera el regreso de sus hijas, las Lunas nuevas, para escuchar las cosas hermosas que ellas le cuentan y la hacen sentir feliz. Le hablan de serenatas, de lluvias, flores, rocíos, cunas, pájaros y nidos.

La más pequeña de las lunitas está ansiosa de recorrer también el cielo, conocer nuevos rumbos y mientras Mamá Luna duerme en su hamaca de nubes, aprovecha para salir a dar un paseo por los caminos del espacio.

Cuando está de regreso descubre un pájaro extraño muy cerca de ella y se queda suspendida en el aire sin saber qué hacer. De pronto, todo se le vuelve oscuro.

Los pájaros y demás animales se van en busca de sus sitios para dormir. Los trabajadores dejan sus campos y vuelven a sus casas. Los niños no pueden ir a la escuela y los científicos empiezan a mirar hacia arriba en sus telescopios, detenidamente, pues no tienen conocimiento de algún eclipse para esa fecha.

La Lunita preocupada no encuentra la manera de regresar a su casa y se queda hasta que un rayo de sol la sube a sus dominios de luz.

Mamá Luna, que la buscaba afanosamente por todos los rincones del cielo, se pone muy contenta al verla y su hija le cuenta el miedo que sintió con tanta oscuridad.

A la Lunita traviesa por salir sin permiso, su madre la encierra en un cuarto menguante y da órdenes a la Luna Nueva, su hija mayor, para que salga más temprano a averiguar lo sucedido en la Tierra con el paseo de Lunita.

Al amanecer del día siguiente, Luna Nueva dice que su hermana nada malo hizo sino que, asustada por un extraño astro, le tapó la cara al sol cuando este salía a cumplir su misión: iluminar y dar calor a los seres de la naturaleza.

Entonces Mamá Luna suspende el castigo a su hija, y le dice:

—Tendrás que esperar muchos años luz para salir de nuevo, como tus hermanas, por los mundos siderales.

Todo sigue igual en el cielo, mas en la Tierra piensan que en cualquier momento, la Lunita puede volver a escaparse y llene de sombras al día.

De *Los cuentos del colibrí* (1984)

Minicuento del ratón Rosario

Este era un ratón llamado Rosario. Tenía un collar y una cruz de cenizas. Se llamaba Rosario porque a veces era rosa fugitiva por el día o río errante por las noches.

A Rosario le gustaba dormir con cuentos donde los ratones eran gigantes y el gato un enano. Crecían sus fuerzas en la cueva y temblaban de espanto al paso del felino.

Y una noche... se disfrazó de luna para engañar al gato que le hacía la ronda. Y otra noche se fue a la biblioteca donde el gato dormía en los cojines, para releer el cuento de *La Ratoncita presumida*, de Aquiles Nazoa, poeta amigo de los niños, así como el cuento del ratoncito que vio en su cuarto un murciélago y a la mañana siguiente, le dijo a su mamá:

—Mamá, anoche, vi un «angelito negro», y buscando y buscando más libros se encontró con uno llamado El gato con botas, mas los ruidos que hacía el ratoncito despertaron al gato. Rosario con miedo se le acercó y para que no le hiciera ningún daño se lo leyó y, a través de ese hermoso cuento, nació entre ellos una gran amistad, pura como el aire del jardín, y el gato le contó lo que soñaba cuando él lo despertó.

Rosario refirió a su mamá y hermanos que se había hecho amigo del gato y que este le contó el sueño que había tenido.

—¿Y qué soñaba el gato? —Preguntó la mamá.

—Soñaba —le dijo Rosario—, que él era una rosa que se bañaba en el río y era «tan bueno», como dijo el poeta Alarico del gato que se paseaba por la casa, «tan bueno que de ratones no es su festín».

Mamá ratona preguntó si les había gustado el cuento y todos muy alegres, dijeron:

—¡Sí, sí, sí!

—Bueno, ¡a dormir!, que mañana les contaré otro.

De 33 *Minicuentos para dormir ratones* (2016)

La musaraña y los frailes dorados

Volvió a reinar el silencio. Al otro día Marcelino siguió con sus cuentos, recogidos en la contemplación de la alta montaña. El viento seguía silbando. El pájaro oscuro se fue a sus dominios y los campesinos, en sus casas de gruesas paredes, contaban sus historias, entre esas la historia del cazador que perdió su escopeta y no volvió jamás.

—Ayer les hablé del páramo, del chivito. Hoy lo haré sobre la musaraña y los frailes dorados. La musaraña es un animalito parecido a un ratón que también vive en esas cumbres frías y solitarias.

Al escuchar mamá ratona que se parecía a los ratones, puso más atención y se acercó a Marcelino para oír lo que la voz menuda decía:

—Soy la musaraña que habita en este lugar sin más compañía que el viento, el chivito y el frailejón. Soy el animal emblemático del pueblo y a la sombra del yagrumo, «canas de la montaña» como dijo un poeta, me siento a descansar.

Marcelino la miró a sus pies como un ratón de tupido y fino pelo. Asombrado, le ofreció su amistad, con un juego de palabras:

Musa araña
araña musa
musaraña es.

La musa araña
a la araña musa
al derecho y al revés.

Este animalito se pasea entre los dorados frailejones, las hermosas plantas que crecen junto al viento y el frío. Parecen niños dormidos en las laderas, a orilla del camino y admirando tanta belleza, les dije:

—¡Oh! Pequeños frailes del camino. Tengo para ustedes toda mi admiración y la expresaré en este poema:

Frailejón dorado
fraile de algodón.
Canoso ermitaño
te llamó Don Tulio
frailejón te llama
toda la nación.

De 33 Minicuentos para dormir ratones (2016)

Aventuras por caminos de trigo y nieve

Un día Rosario fue al mercado para buscar algo de comer y llevar a su casa, pero como había mucha gente tuvo miedo de ser perseguido por un gato. Corrió a esconderse en un camión donde había queso, trigo y olorosas frutas en las que destacaban rosadas pomarrosas.

Escondido en tan aromático lugar pudo dar algunos mordiscos a los deliciosos quesos y lleno de gusto durmió en su fresco colchón de trigo sin probar las extrañas frutas. Tan dormido estaba que no se dio cuenta cuando el camión salió de regreso a su pueblo.

De pronto el camión se detuvo frente a una casa de donde salieron a recibir al conductor que se colocó sobre sus hombros la calurosa ruana para abrigarse del frío y los vientos. Y mientras hablaban y tomaban el oloroso café, un ratoncito de la casa divisó a Rosario en un rincón y después de saludarlo y compartir unos pedazos de queso lo invitó a bajar para que conociera con él los trigales y la nieve.

Muy cortés lo invitó a su cueva y le preguntó su nombre:

—Me llamo Rosario y vengo de donde las rosas juegan con el agua del río que baña los caminos. ¿Y tú cómo te llamas?

—Mi nombre es Candelario pero me dicen Candil porque alumbro los oscuros caminos de los forasteros.

Rosario extrañaba su cueva y los suyos y un día volvió a subir al camión y regresó. Muy emocionados todos escuchaban las aventuras de Rosario y esa noche comieron del queso y el pan traídos de sus viajes y se durmieron muy contentos con la promesa de mamá ratón de contarles otro cuento.

De 33 Minicuentos para dormir ratones (2016)

El ratoncito que vio el mundo al revés

Un día dijo el ratoncito a su mamá mientras esta guardaba los alimentos en la despensa para que no los comieran las hormigas y las cucarachas:

—¡Mamá, anoche soñé con el mundo al revés!

—¿Cómo es eso, con el mundo al revés?

—Sí, mamá soñé que las piedras volaban y las flores corrían por todo el jardín. Que el cielo encerró los luceros en los cuartos menguante y creciente y el mundo se puso oscuro; que el gallo tenía cuatro patas; el perro solo dos; la garza seis y una sola la gata. Que nosotros perseguíamos a los gatos y ellos se escondían en nuestra cueva. Cuando salió el sol volví a mirar el mundo como es. Muy emocionado busqué papel y lápiz, para escribir un poema con ese sueño para no poderlo olvidar. Te lo voy a leer:

Soñé que en el cielo
nadaban los peces,
en el mar y en el río
vivían los luceros.

Que el gallo tenía
cuatro patas,
la garza seis,
el perro dos
y una la gata.

Alas las tortugas
un sol pie el ciempiés
y cuando salió el sol
vi el mundo como es.

—¡Oh! Qué sueño tan extraño, dijo la mamá. Estudia mucho, come queso y bebe leche para que no veas el mundo al revés, sino en sueños y cuando despiertes los conviertas en poesía y leerlos todas las noches para soñar y todos los días para vivir y siempre nos haga pensar. Ojalá, mañana tengas otros hermosos sueños y poemas para contar.

De 33 Minicuentos para dormir ratones (2016)

Los ratoncitos enamorados

Hace algún tiempo llegó a la cueva de los ratones un zalamero ratón, de poblados bigotes, sonrisas, canciones y muy ufano decía a la ratoncita:

—Soy una rosa que nació a la orilla del río.

Y otro día le entregó una glosa basada en un hermoso poema del fino poeta andino: Manuel Felipe Rugeles, que dice:

*Ha nacido
la luz del clavel.
Ya se viste de rojo vergel,
hay olor de canela y de miel.
La flor para ella
el sí para él.*

Y el ratón enamorado, lo glosó, así:

Salió la luna
sueños a encender
y ratones juegan a
«la luz del clavel».
Se llena de estrellas
una y otra vez.

El cielo que viste
«de rojo el vergel».
Se cubre de olores
la cueva, el jardín
y los ratoncitos
«de canela y miel»
dicen con mucho placer
«la flor para ella»
«el sí para él»

Emocionada, la ratoncita le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Y él respondió:

—Me llamo Ado, ¿y tú?

—Ena Mora ¿no tienes novia?

—No. Tenía una pero me dijo «miado» y no me gustó.

Ena Mora dio su afecto al ratón y creyó ser correspondida, mas no fue así. Después de pasar bellos momentos y cenar a la luz de la luna, se alejó sin un adiós ni hasta luego.

La ratoncita muy preocupada consultó al viejo ratón, que le aconsejó:

—No ames más de lo que debes ni malgastes el agua de tu fuente en el río que corre, pues no se dará cuenta. Tampoco derrames pétalos de flores para perfumar tu cueva, porque alguien interesado los comerá y entonces ¿con qué te perfumarás?

Las hermanas ratoncitas le repiten las palabras del sabio ratón y le agregan:

—Ena Mora da tu amor a quien lo merezca.

Otro día regresó el ratón y Ena que había seguido los consejos, muy secamente, le dijo:

—Mi Ado, ¿a qué has venido? Tú eres una rosa que se ahogó en el río de mis afectos.

Los ratoncitos escuchan con risas este minicuento y quieren escuchar más, pero mamá ratona, les dice:

—¡Ah! ¿Les gustó?, pues ahora a dormir que mañana les contaré otro.

De 33 Minicuentos para dormir ratones (2016)

Diario de una muñeca

(fragmentos)

(1972)

Capítulo I

Mi diario no tiene fechas. Sólo mido el tiempo con estas palabras: ayer, hoy, mañana.

La vida de las muñecas es como la vida de los niños: los días son claros y llenos de sol. Las noches, llenas de misterios y de sueños.

Vine de un país distante. En un barco inmenso junto con muchas muñecas y veníamos encerradas en unas cajas. No sabíamos nuestro destino. Él está en la vida de la niña que nos toque en suerte. El barco tenía una bandera alemana.

Durante el viaje solo escuchábamos el diálogo de las aguas, de las estrellas y de los marineros.

Cuando llegó el barco hubo llantos, risas, alegrías, en los que llegaban, en los que esperaban.

Alguien dijo que el puerto donde llegamos se llama La Guaira y me pareció dulce el nombre, como canción del agua o arrullo de princesa indígena. También me pareció dulce el idioma. Frases largas, palabras cortas, llenas de calor y vida. Había música y amor en el lenguaje.

Nosotras no podíamos ver el puerto, las banderas, sus orillas, su mundo azul y verde. Sólo oíamos sus ruidos y sentíamos el clima cálido. No sé cuánto tiempo pasamos en él ni si los habitantes eran rubios o morenos, altos o pequeños. Nosotras

no reparamos en estas cosas. Apreciamos en los pueblos y las personas la ternura, el buen trato, la compañía.

Pasamos días en la aduana. En ella se hablaba de papeles, de números, de dinero. A las cajas donde estábamos le pusieron un sello, una cifra y las fueron colocando en un lugar aparte. Eran tratadas con sumo cuidado porque traían algo delicado y escribieron con letras grandes y azules una palabra: FRÁGIL. Con esto querían decir que somos como los niños y como a ellos debían tratarnos. ¡Qué frágiles somos las muñecas!

Otro día colocaron estas cajas en un vehículo que por su ruido, su pito y su andar era distinto a un barco. Dijeron: ¡Se va el tren! y se escuchó el chi-qui-cha-qui, por largas horas. Sé que atravesamos sementeras porque decía un hombre: “¡qué verde está el campo!”. Y supe que pasó por unos túneles pues también lo dijeron. Yo venía en un largo túnel donde no veía nada. Solo escuchaba.

Por fin cesó la máquina su rezongo y volvieron a poner las cajas en orden, una sobre otra, con el mismo cuidado. Debía ser en un cuarto oscuro porque nada oía. Sólo el diálogo de la sombra y el silencio.

Seguimos esperando, hasta que una madrugada, lo supe, pues alguien dijo: «tuve que poner el reloj despertador a las cuatro y sonó a las tres, todavía tengo sueño», fuimos amarradas a algo blando. De pronto sonó una campanilla y sentí que andábamos. No era un barco, ni un tren, ni un auto. Era un animal. Como no habían llegado los automóviles, todo se cargaba en mulas y la de adelante llevaba una campanilla.

Por los brincos suponía que era un camino áspero. Por las voces cansadas de los arrieros que era largo y algunas veces pendiente. De vez en cuando se detenían en una casa. Contaban los hechos ocurridos en Caracas. Decían chistes que hacían reír a las mujeres. En un río o fuente cercana los animales bebían agua y cuando se inclinaban, nosotras desde las cajas cerradas,

decíamos mamá y abríamos los ojos. Era un largo quejido como queriendo expresar los deseos de tener, por fin, la mamá que todos tienen, la que adquieren los niños al nacer. Nosotras nacemos en una gran fábrica y salimos por diferentes lugares en busca de la niña que un día será nuestra madre. Los hombres reían y decían: «ya están llorando los niños que van en esas cajas». Ellos hacían menos duro el camino con los cuentos, las aventuras y los sueños. Seguía la mulita campanera marcando el paso y los cascos golpeaban las piedras. De vez en cuando una rama se enreda en las orejas y el camino se enreda en la montaña.

—¡Qué frío hace! —dice uno de los hombres. —El páramo está... y emplea una palabra que no entiendo.

—Están los frailejones cubiertos de nieve —dice otro.

Entonces me doy cuenta que atravesamos un lugar muy frío, sobre las cumbres. Los animales aceleran la marcha, la campanilla suena más aprisa. Silba el viento. Se escucha el quejido de una vaca que llama a su ternero y el lomo del animal que nos lleva tiembla y yo también tiemblo.

De pronto cesa todo. Los hombres se ríen y uno dice que el corazón se le sale por la boca. Oigo el sonido que hace cuando expulsa el aire.

Hay silencio... Una mujer les ofrece café caliente y comida. Las bestias se han detenido. No sabía si era de noche o de tarde, más de pronto sé que es mediodía, un burro rebuzna largo y distante y uno de los arrieros dice que es hora de almorzar porque sus pies pisan la sombra.

Los campesinos no necesitan reloj, tienen el sol, los animales, las plantas y tienen su esperanza.

Más tarde un hombre dice:

—Prepárense que pronto vamos a cargar harina, miren cómo está el trigo.

Y había cierto regusto en el resbalar de la frase que hacía suponer muy buena cosecha.

Capítulo VI

Hoy me ha dicho Delina que en la escuela le preguntaron cómo es Maruja, y que ella respondió:

—Maruja parece una niña. Su cara siempre sonrío.

Se ríe si le digo que me han castigado y también cuando le anuncio que tengo un pajarito de varios colores dentro de una caja esperando que el sol caliente para echarlo a volar. Se ríe cuando le digo que los árboles de la plaza parecen viejos con barbas. Me acompaña a los naranjos para verle sus flores y a los camburales para robarle la miel a los racimos en flor.

—¿Te habla Maruja? —le preguntaron.

—Sí me habla —respondió Delina— porque el silencio dice muchas cosas hermosas y ciertas, llenas de misterio y música. Ella me escucha y calla. Entonces oigo el río, el viento, el frío que viene de la montaña, las voces de los hombres, el paso de la hormiga, el aroma de las flores silvestres, el ruido de una piedra que se desliza del muro, la semilla seca que cae del guásimo, el diálogo entre las aves del corral, el dulce llanto de la caña de azúcar cuando la hieren. Y pienso que todo ese concierto de voces es ella que me habla.

—¿Pero, Maruja, tiene alma? —le preguntan.

—Sí tiene. Le he dado la mía.

Capítulo IX

—Maruja, ya tengo listo el uniforme, los libros. Mañana iré a la escuela.

Delina sabe leer y escribir. Lo aprendió en la escuelita del pueblo azul. Lee en la Historia Sagrada y le son familiares los nombres de Jacob, de Josué, de David, los relatos bíblicos y los hermosos Salmos. Se sabe de memoria los poemas de su libro de lectura y los hermosos cuentos de Calleja. La maestra la examinó y la puso en el segundo grado.

Muy temprano, después de asearse, tomar el desayuno y arreglarse sus cabellos en dos trenzas, recorre calle arriba, las cuadras que la separan de la escuela.

A las puertas de la casa grande se siente sobrecogida, mas el gesto amigo de la maestra y de sus compañeras la hace entrar decidida.

Le asignan uno de los últimos puestos. Los primeros están ocupados por las niñas que habían venido antes. Me dice Delina que en el corredor hay unas cuantas jaulas con canarios y turpiales que cantan y brincan. Muchas veces se siente avergonzada cuando la mandan al pizarrón porque no sabe nada de números. Las matemáticas se le van ofreciendo como una horrible pesadilla. Solamente sabe contar los saltos de los pájaros.

—Sabes Maruja, se colocan unos números arriba y otros debajo. Se les pone una cruz o una raya, se les traza una línea. Todo eso lo sé, pero la maestra dice que no sé sumar ni restar.

Muchas tardes al regresar de la escuela, conmigo a un lado, repite una y otra vez: dos y dos son cuatro; cuatro más dos son seis, y así hasta que ya lo dice cantando con la misma rapidez con que se aprende un poema, pero las cuentas siempre le salen

mal y la maestra frunce el seño y la para junto al pizarrón, mas ella sigue oyendo el canto de los pájaros y del agua de la fuente que está en el patio.

El día del examen, con su falda azul y su blusa blanca pasó las distintas pruebas: la lectura, el dictado, la gramática, las demás materias. Todo con muy buenas notas, pero las cuentas tuvieron errores y la puntuación bajó por ese motivo.

Sin embargo, Delina regresó contenta a su casa. Había pasado a otro grado y más que esto, le alegra el cambio de maestra. La señorita del segundo grado es áspera y dura, y se le nota gran preferencia por las niñas ricas y por las de ciertos apellidos.

—¿Verdad, Maruja, que las maestras deben ser como las madres que quieren igual a todos sus hijos?

Esto lo supe yo sola. Nadie mejor que yo la entendía y la hacía feliz. Mi sonrisa le borra cualquier turbio recuerdo y sigue por la casa y por la vida como si nada le preocupara, y es verdad, porque a los niños cualquier vuelo les hace olvidar las cosas desagradables. Lo que el silencio siembra en el corazón del niño es con los años un árbol que da frutos, unas veces amargos y otras muy dulces.

Poesía para niños, niñas y jóvenes

Los luceros cuentan niños

Las estrellas,
hijas de la noche,
los luceros,
hijos de la luna,
juegan en el cielo
contando niños
en sus cunas.
En el mar duermen
los peces;
en los árboles
los pájaros;
en los niños,
los sueños,
y en el cielo
nadie duerme
porque están
contando cunas
las estrellas,
la noche,
los luceros
y la luna...

De *Los luceros cuentan niños* (1967)

Madre

Dame tu cielo, madre,
yo le pondré ángeles
de azúcar,
de arcilla,
de anime y cristal.

Dame tu cielo, madre,
te haré lunas llenas
y cuatro luceros
de espuma y coral.

De *Los luceros cuentan niños* (1967)

Los tucusitos

El tucusito se va a casar,
la tucusita bailando está,
baila que baila.

Se van de viaje
y en un clavel
y en una rosa
van a comer.

Cuando regresen
de su paseo
entre jardines
van a vivir.

Las mariposas
visten de gala
y un tucusito
nació en la flor.

La brisa suave,
tierna lo mece
y el tucusito
se va a dormir.

De *Los luceros cuentan niños* (1967)

Sierra Nevada

Águilas de bruma,
de frío y de nieve,
con sus altas plumas
coronan tus sienes.

El cóndor y la neblina
se cruzan de noche y día;
el cóndor teje los aires,
los aires, la niebla fina.

De *Los luceros cuentan niños* (1967)

La escuela

La escuela,
corazón del día,
es templo y colmena,
río y palomar.

Campanas los libros
que harás repicar.

Cuadernos de brisa
mojados de abril,
la mano de azúcar
dibuja caminos
de aguas y hormigas
con leve escarpín.

Columpios del tiempo,
tableros de luces,
cartilla del sol,
puerta del alba.

La escuela es tu guía,
¡déjate llevar!

De *Los luceros cuentan niños* (1967)

Navidad

La campana dice
que llegó la Pascua
y calles y niños
se van en patines
del brazo del viento.

A las cunas llegan
más sueños de amor,
caballos de palo,
aviones sin luz,
soldados de plomo
y hasta una cigarra
cantando a Jesús.

De *Los luceros cuentan niños* (1967)

Mi bandera

Una niñita extranjera
coloreaba mi bandera;
a una franja le ponía
el color de sus cabellos,
a otra le puso un beso
y el rojo quedó impreso,
y de sus ojos salían
siete estrellas de cariño,
entonces me dijo un niño:
¡esa niña es tan linda
como mi propia bandera!

De *Muñequitos de aserrín* (1958)

El lápiz

Es un rayito de luna,
es un filito de oro,
es un precioso tesoro
cuando de él se ven salir
palabritas de aserrín,
numeritos que sin fin
caminan sobre un tablero
tan blanco como el marfil.

De Muñequitos de aserrín (1958)

Las vocales

En el alma está la a,
Elena empieza con e,
tu risa tiene una i,
y una canción la o,
y si miras a la u,
es bonita como tú.

La a se extiende en el mar,
una e juega en el cielo
y a la i le da un puntito
del reflejo de la o
y en un lindo barquichuelo
veo a Elena con la u.

Pongo final con la a,
a este tema de la e,
mi mamita tiene i
y mi hermanito una o,
los uno para formar yo
un versito con la u.

De *Muñequitos de aserrín* (1958)

El río

Tenías que ser de agua
para ser tan cantarino,
tu nombre es hermoso trino
de sonoras campanitas.
Formas pocitos muy dulces
donde yo hundo mi cuerpo.
¿Por qué no me llevas lejos,
hasta tus lindos confines?
No importa las duras piedras
que yo encuentre en mi camino,
si sabes dar a un viajero
lo mismo que das a un niño;
ni siquiera le preguntas
quién es, ni qué rumbo lleva;
sólo te das por entero
al que se inclina a besarte.

De Muñequitos de aserrín (1958)

Maraquita de plata

Maraquita sonora,
figura de plata,
caricia de niño,
sonrisa tan grata;
replicas cariño
con voz cristalina
como bailarina
con traje de oro
en manos de niño
que es un gran tesoro.

De *Muñequitos de aserrín* (1958)

La cometa

Cometa de azul papel
que llevas viaje muy lejos,
pareces un azulejo
tirado por un cordel.

Una mano infantil
te sostiene de un hilito,
cometica de puro añil,
¿dónde está ese niño?

Sopla viento esa cometa
para que llegue hasta el sol
confundida en un planeta
de colores tornasol.

De *Muñequitos de aserrín* (1958)

El trompo

Mi hijo me ha pedido
le enseñe a bailar un trompo,
lo tomo con esta mano
y con la otra el cordel,
le doy vuelta en el clavito
hasta llegar al final,
lo suelto sin vacilar;
pero no he conseguido
que el trompo salga a bailar.
No complacer a mi hijo
me produce gran dolor
y le digo con amor:
cuando yo era chiquitica
no jugaba con trompitos.

De *Muñequitos de aserrín* (1958)

Balcones del agua

En los balcones del agua
está asomada una niña,
con las banderas del alba
y las bellezas del día.

Dedales de espuma borda
la costurera madrina,
con los dedos del rocío
y las doradas espigas.

De los balcones del agua
se va alejando una niña,
con banderas de nostalgia
y el eco de una sonrisa.

*De Antología mínima de Carmen Delia Bencomo: poesías
y canciones para niños (Selección de Enrique Hidalgo, 1999)*

El Ávila juega

Corderos de nubes
sobre el cerro azul;
el Ávila extiende
pañuelos de tul.

La luna se viste
de gasa y añil.
El Ávila juega
con la Cota Mil.

¡Qué luz y qué cielo,
qué linda ciudad!
El Ávila juega
con la capital.

*De Antología mínima de Carmen Delia Bencomo: poesías y
canciones para niños (Selección de Enrique Hidalgo, 1999)*

Canción de doña sapa

A dormir se va el sapito,
a su casa de agua clara;
mamá sapa va a cantarle
cancioncillas de las ranas.

Ya las ranas se durmieron,
el sapito se durmió;
papá sapo está roncando,
mamá sapa descansó.

*De Antología mínima de Carmen Delia Bencomo: poesías y
canciones para niños (Selección de Enrique Hidalgo, 1999)*

Trabalenguas

I

En la ventana del viento
ventea el viento sobre la venta;
y el ventero dice a gritos:
¡vente viento, a ventear a la venta
en la ventana del viento!

II

Traje el traje de la troja,
para que el Trejo me diga
que la troja no tiene traje,
porque el traje que me trajo
no le cubre la barriga.

III

No me traiga trigo,
tráigame una trucha;
y déjeme el trote
que triste me pone.

De Antología mínima de Carmen Delia Bencomo: poesías y canciones para niños (Selección de Enrique Hidalgo, 1999)

Jugando con la erre

Remero del agua,
rápido remero.
Caminos de brisa
nos regala enero.

Hijo del rocío,
gracioso riachuelo;
tu madre, la lluvia,
te viene del cielo.

Surtidos de aromas,
hermoso rosal;
abejas te llevas
hasta tu panal.

Collar de la hierba,
brillante rocío;
bajas de las nubes
y vas hacia el río.

De Antología mínima de Carmen Delia Bencomo: poesías y canciones para niños (Selección de Enrique Hidalgo, 1999)

Juego con la jota

Las hojas del junco juegan
con los hilos del rocío.
En el jardín juegan rosas,
y el jilguero con el grillo.

Las hojas tejen el agua
y los pájaros sus nidos.
La mañana está de júbilo
porque el sol juega conmigo.

Jugando a la jota juego
jueves, viernes o domingo.
El jinete jinetea
y también es divertido.

*De Antología mínima de Carmen Delia Bencomo: poesías y
canciones para niños (Selección de Enrique Hidalgo, 1999)*

Para mi mesa

La cucharita

Mi cucharita de plata,
cucharita de cristal;
¡por favor!, dame la sopa,
que ya la quiero tomar.

El tenedor

—Agárrame con la izquierda,
así pincharás mejor—.
Así dice entre sus dientes
el agudo tenedor.

El cuchillo

—Tómame con la derecha
y corta tu bocadillo,
yo no te haré ningún daño—
dice el brillante cuchillo.

*De Antología mínima de Carmen Delia Bencomo: poesías y
canciones para niños (Selección de Enrique Hidalgo, 1999)*

El niño pintor

Un niño que pinta
pregunta a una flor:
¿Por qué Dios te ha dado
tan lindo color?

La flor no responde
al niño pintor,
y roja se pone
de puro rubor.

Entonces el niño,
con admiración,
toma su paleta
y pinta a la flor.

*De Antología mínima de Carmen Delia Bencomo: poesías y
canciones para niños (Selección de Enrique Hidalgo, 1999)*

Para colorear

Con la luz del trigo,
con la luz del mar,
con luz del clavel
quiero colorear;
a mi pabellón,
símbolo inmortal.
¡Lindo tricolor,
bandera de paz!

*De Antología mínima de Carmen Delia Bencomo: poesías y
canciones para niños (Selección de Enrique Hidalgo, 1999)*

Mi camino nuevo

Vendedor de caminos,
¡quiero un camino nuevo!

Repartidor de lunas,
una luna yo quiero,
para que siempre alumbre
mi caminito nuevo.

Pescador de la brisa,
escobas de nubes quiero,
para barrer la vía
de mi camino nuevo.

Jardinero de espumas,
muchas flores deseo,
para adornar la orilla
de mi camino nuevo.

Mensajero del agua,
traer la lluvia espero,
para regar la tierra
de mi camino nuevo.

*De Antología mínima de Carmen Delia Bencomo: poesías y
canciones para niños (Selección de Enrique Hidalgo, 1999)*

Un cuento feliz

I

Cuéntame un cuento
me dijo mi niño.

—Ahora no —le dije—
mañana sí.

Mañana no, ahora.

Entonces le digo
este cuento feliz:

Una vez tenía
un pájaro azul
el viento vino
se lo llevó

—Mañana lo traeré.

No volvió.

II

Otro día guardaba
estrellas en mis ojos
el viento vino
y se los llevó.

Mañana las traeré
no volvió...

Quedaron tristes mis ojos
quedó muy triste mi voz.

III

Una noche tejía una flor
un viento tibio me bañó.
Sobre la cuna dejó un niño
con dos luceros de luz.
Lo cubrí de besos y besos
y en silencio se alejó.
Allí encontré
el payaso azul
mi voz
los sueños
la alegría.
¡Allí estabas tú!

De Caja de poesía (2023)

Concierto del día

Pájaro
violín del cielo
en cada rama
un trinar.

La cigarra
afina afina
no se cansa
de afinar.

Música
nos da el viento
el pájaro
la cigarra
el día
el jardín.

De *Caja de poesía* (2023)

Animales saltarines

Se abre el corazón
la cigarra para cantar.
En un sillón señor gato
sueña con el ratón.
Con zapaticos de tierra
baila, baila el ciempiés.
Con un gorro de espuma
el pez nada juguetón.
Y mamá zurce el saco
del zorrillo saltarín.

De Caja de poesía (2023)

El cielo y el mar

Soy un mar
hecho de nubes
un llano donde
vive el sol.

Una canción de luz
le canta el cielo
con luceros
a la mar.

Soy un cielo
hecho de espumas
un llano de coral
donde el sol mira el mar.

Una canción de agua
con barcos de cristal
le canta con alegría
al cielo la mar.

De Caja de poesía (2023)

Canción de la lluvia

La lluvia canta
duermen los lirios
y la fresca hierba
quiere dormir.
Baña la lluvia
todas las flores
y los pajaritos
van a dormir.
Canta la lluvia
en el jardín
niños y rosas
van a dormir.

De Caja de poesía (2023)

Cantares del cántaro

I

Cantares del cántaro
canta el campanero
canta la campana
ana ana ana.

Cantares del cántaro
canta la cantinela
la cantinela canta
nela nela nela.

Cantares del cántaro
baila la bailarina
baila con el agua
rina rina rina.

II

Cantares del cántaro
canta la paloma
la paloma canta
oma oma oma.

Cantares del cántaro
canta el cantinero
el cantinero canta
nero nero nero.

Cantares del cántaro
canta alegre la luna
la luna alegre canta
una una una.

De Caja de poesía (2023)

Canción de paz

Hombres, mujeres y niños
juntos todo el año
cantan por la paz.

Países, ciudades y pueblos
todos como hermanos
cantan por la paz.

Estrellas, pájaros y ríos
con alegres trinos
cantan por la paz.

Mariposas, campanas y flores
unen pañuelos de amor
y cantan por la paz.

De Caja de poesía (2023)

Cuentasueños

Los luceros
cuentan niños
cuando van
a dormir.

Y los niños
cuentan sueños
cuando quieran
ir a dormir.

De Caja de poesía (2023)

Teatro para niños, niñas y jóvenes

Los papagayos³

1er cuadro

Personajes:

PAPAGAYO VIEJO
COMETA NEGRA
COMETA ROSADA
PAPAGAYO BLANCO
COMETA VERDE
COMETA ROJA

(Música suave de ballet)

Cuadro primero:

Al correrse el telón aparece en fondo azul-gris, imitando el espacio, un poste del alumbrado y sobre los cables el esqueleto de un papagayo, con canas y bigotes, enrollando hilos en un ovillo mientras habla.

PAPAGAYO VIEJO:

(Al público, con tristeza)

¡Ah!, como ya estoy viejo, tengo que guardar mis hilos y mis recuerdos. En tardes como estas lucía mis aires de jovenzuelo.

3 Primer Premio en el Concurso de Obras de Teatro de Títeres organizado por la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, 1967.

COMETA NEGRA:

(Aparece dando saltos. Habla como barloventeña).

¡Guá!, viejo, ¿como que piensas volá esta tarde?

PAPAGAYO VIEJO:

No hija; estoy recordando que en otros tiempos no había papagayo que me igualara. Ahora no puedo volar. Vengo a contemplar el vuelo de los jóvenes que quieren volar muy alto. Pero mijita, no trates de hacer lo mismo, que puede pasarte lo que a la cometica que voló y voló hasta las nubes y se quedó enredada allí en esos cables. Ahí está para que sirva de lección a muchos papagayos.

COMETA NEGRA:

Yo no quiero volá muy alto porque cuando me elevo mucho, las casitas y las gentes de mi pueblo se me pierden.

PAPAGAYO VIEJO:

Vuela, vuela, Cometica Negra, por sobre las rosas, por sobre las cabezas de los niños, por sobre las mariposas.

COMETA NEGRA:

¡Guá!, ¿como que te has vuelto poeta?

PAPAGAYO VIEJO:

Los papagayos cuando nos ponemos viejos vemos las cosas distintas, pero no podemos volar. Nos quedamos junto a la hierba mirando nada más.

COMETA NEGRA:

A ver, viejo, dime algo de eso que tú sabes. Recítame un poema o cuéntame una historia bonita.

PAPAGAYO VIEJO:

Cuando yo era joven iba hasta aquel cerro tras una linda cometa azul que con sus piruetas me hacía sentir feliz, y una tarde como esta de sol y brisa, le hice un poema.

(Suspirando)

¡Ah!, ¡esos tiempos!

COMETA NEGRA:

(Saltando)

A ver, dímelo. A lo mejó me gusta y lo recito en las fiestas de San Juan.

PAPAGAYO VIEJO:

(Recitando)

Cometa azul,
flor de nube,
ala de sol.

Quiero tu luz.
Cometa azul,
contigo quiero volar
confundido en planeta
de colores tornasol.

COMETA NEGRA:

(Aplaudiendo)

¡Muy bueno! ¡Muy bueno! Ya me lo voy a aprendé.

PAPAGAYO VIEJO y COMETA NEGRA:

(Repitiendo uno a uno los versos)

(Aparece la Cometa Rosada y el Papagayo Blanco)

COMETA ROSADA:

(Cantando)

Yo soy la Cometa Rosada
que vuela de flor en flor.

PAPAGAYO BLANCO:

Yo soy la Cometa Blanca
que vuela alto, muy alto.

COMETA NEGRA:

Dile, Papagayo Viejo, que todos estamos amarrados a una mano pequeñita que quiere vernos como pájaros o extraños planetas.

PAPAGAYO VIEJO:

Sí, es verdad. Todos estamos amarrados a algo, sin saber, y no debemos volar muy alto. A veces la cuerda que nos sostiene no es fuerte y el viento puede jugar con nosotros. Recuerden la copla llanera que dice:

*No te elevés tan re alto,
prenda de tanto valor,
que al árbol que más se eleva
le tumba el viento la flor.*

COMETA VERDE:

(Entrando)

A mí me gusta elevarme porque desde arriba veo solo lo bonito.

PAPAGAYO VIEJO:

Ten cuidado, Cometica Verde. Ten cuidado con el viento y los espejismos.

(Encogiéndose de frío)

Esta tarde sopla mucho y puede resfriarme, voy en busca de mi bufanda. Volveré, volveré

(se despide de todos, hasta del público)

COMETA ROJA:

Yo cuando vuelo parezco una hermosa cayena. Me gusta sentirme libre y correr por los aires. ¡Ah!, ¡no hay como la libertad!

COMETA NEGRA:

¡Jesú!, ¡qué cosas dices! Yo no parezco ná, sino una negra de verdá.

COMETA ROJA:

Cuando yo vuelo, los pájaros creen que soy una manzana voladora y las flores envidian mi color. Mi traje hace silbar al viento.

COMETA NEGRA:

Pero no hablemos tonterías y vamos a cantá y bailá.

TODOS:

(Se toman de las manos, cantan y bailan)

Los papagayos volando están
ran, ran, ran, ran.

Las cometicas vuelan también
ren, ren, ren, ren.

A los niños hacen reír
rin, rin, rin, rin.

A los viejos dicen
ron, ron, ron, ron.

Y juegan con el bambú
run, run, run, run.

TODOS:

(Riéndose)

Ja, ja, ja, ja, ja, ja.

TELÓN

De *Los papagayos: teatro para niños* (1968)

El vendedor de globos

Personajes:

NIÑO (vendedor de globos)

ANCIANA

4 NIÑOS (colores azul, verde, amarillo y rojo)

UNA VOZ (la del arcoíris)

NIÑOS DEL PÚBLICO

Algunos árboles. El banco de una plaza. Sentado, un niño con varios globos de colores. Es de tarde y hay sol claro.

NIÑO:

Globos. Vendo globos. Aquí tengo uno color violeta y otro color limón. Este parece el sol y este es como la sangre de todos los colibríes. ¡Ah!, este es color del cielo y el verde es como un bosque redondo. Mírenlos. Cómpralos para sus hijos.

(Bajando la voz)

Nadie los mira. Todos van de prisa y llegará la noche y no llevaré nada a casa. Y mañana temprano tengo que ir a la escuela. Nadie compra globos, nadie. Tengo sueño, mucho sueño.

(Se queda dormido en el banco. Los globos flotan. Se encienden luces azules. Por entre los árboles se acerca un niño todo vestido de azul. Pasos como de ballet. Música suave. Se detiene, mira al niño).

AZUL:

Duerme. Duerme tranquilo. Soñarás con el agua que es azul; como azul es el cielo y el alma de los niños. De mi color es el sueño.

(Se va con los mismos pasos. Se encienden luces verdes y aparece un niño todo vestido de verde con los mismos pasos de ballet y música suave).

VERDE:

Duerme sobre el verde bosque. Duerme tranquilo porque verde es la esperanza. Yo soy la esperanza y el verde es felicidad. Verdes son los árboles y verde es el mar cuando duerme.

(Se va como el anterior y se encienden luces amarillas. Aparece un niño todo de amarillo. Música apropiada).

AMARILLO:

Soy el color del sol y las estrellas. Amarillo es el pensamiento. Soy la luz. Duerme, duerme tranquilo.

(Se va lo mismo que el anterior y se encienden luces rojas. Música más fuerte. Un niño con pasos más violentos, vestido de rojo, se acerca).

ROJO:

Rojo es el color de los valientes. Roja es la tierra, la sangre, la vida, el fuego y el amor. Duerme, duerme tranquilo, que mañana vuelve el sol.

(Al retirarse este último color se cambian las luces y aparece en el fondo un arcoíris. Música suave y una voz clara).

UNA VOZ:

Nací de una gota de agua que se hizo grande cuando le sonrió el sol. Aparezco tras la lluvia y reúno todos los colores de los cielos. Duerme, duerme tranquilo.

(Se va y aparece una anciana. Lo mira. Se detiene junto al niño).

ANCIANA:

¡Ah!, este niño duerme. Pobrecito, estará cansado y vende globos. No ha vendido ninguno. Se los compraré todos para repartirlos entre los niños buenos. Todos los niños son buenos, pero a veces alguno se porta mal.

(Dirigiéndose a todos los niños del público).

¿Ustedes son buenos, niñitos?

NIÑOS DEL PÚBLICO:

Sí, sí, sí, sí...

ANCIANA:

¿Y obedientes con sus padres?

NIÑOS DEL PÚBLICO:

Sí, sí, sí, sí...

ANCIANA:

¿Y van a dormir temprano?

NIÑOS DEL PÚBLICO:

Sí, sí, sí, sí...

ANCIANA:

¿Y van a la escuela siempre contentos y hacen las tareas?

NIÑOS DEL PÚBLICO:

Sí, sí, sí, sí...

ANCIANA:

Bueno, los repartiré entre ustedes.

(Toma uno)

Este es para aquel niñito. *(Del público)*

Este para otro.

(Así continúa hasta terminar con todos, pero dejando uno rojo para ella).

ANCIANA:

Este se lo llevaré a mi nieto. ¡Qué contento se va a poner! Parece una extraña flor; me voy, pero prométanme que no le dirán nada al niño cuando despierte. No le digan que yo he comprado los globos. ¿Me lo prometen?

NIÑOS DEL PÚBLICO:

Sí, sí, sí, sí...

ANCIANA:

Bueno, niñitos, adiós, adiós.

NIÑOS DEL PÚBLICO:

Adiós, adiós, adiós.

(El niño se despierta. Se pasa las manos por los ojos.

Mira a todos lados).

NIÑO:

¿Y mis globos? ¿Dónde están? ¿Qué se han hecho?

(Mira las monedas que le ha dejado la anciana).

¿Y estas monedas? Alguien los ha comprado mientras dormía. *(Al público)* ¡Ah!, se los ha dado a todos los niños.

¿Quién habrá sido?. *(Dirigiéndose a los niños)* ¿Ustedes saben, niñitos?

NIÑOS DEL PÚBLICO:

No, no, no, no.

NIÑO:

(Mirando el arcoíris)

¡Ah!, los compró el cielo para hacer un arco. Mírenlo, allí está. Ahora me iré contento. Me los compró el cielo.

¡Tra, la, ra, la!

(Canta hasta que se pierde, despidiéndose con la mano).

¡Adiós, adiós, adiós, tra, la, ra, la!

TELÓN

De Los papagayos: teatro para niños (1968)

Dos muñecos, un loro y el viento

Personajes:

PAYASO

ESPANTAPÁJAROS

LORO

Antes de correr el telón aparece fuera de él un payaso.

PAYASO:

Buenas tardes a todos, a todos. Yo soy un ser que nació para hacer reír, por eso soy feliz. No hay nada como una clara sonrisa. Es muy grato estar con ustedes para anunciarles un espectáculo. Ustedes quieren saber qué hago cuando no estoy en el teatro, pues camino y camino, de aquí y de allí, esperando la hora. Entonces me siento triste y solo. Recobro mi alegría cuando vuelvo a estar con ustedes.

(Se va. Cuando se corre el telón se ve un sembrado de maíz y en medio un espantapájaros. El payaso aparece entrando con las manos en los bolsillos y la cabeza baja. Camina poco a poco mientras habla).

PAYASO:

Es hermoso caminar por los sembrados, pero mi vida cobra acción cuando estoy entre niños. En el teatro tengo mis

amigos, que me aplauden, que me hacen feliz. Es grato saber que todos los niños y los hombres y las mujeres, son mis amigos. No me gusta la soledad.

(De pronto se detiene ante el espantapájaros y se dirige al público).

PAYASO:

¿Quién será este joven go-go con los brazos siempre abiertos como queriendo abrazar el mundo? Veré quién es. Buenos días, señor Remiendos; buenos días, le digo. ¡Qué hombre más raro! No responde. A este sí que le gusta sentirse solo. Debe ser un bicho extraño.

(Más fuerte).

Buenos días, señor...

ESPANTAPÁJAROS:

Espantapájaros, señor.

PAYASO:

(Al público).

¡Qué hombre tan feo!; como él. Perdón, señor Espantapájaros, ¿me puede decir qué hace usted, inmóvil en medio de este maizal?

ESPANTAPÁJAROS:

Cuidar la cosecha. Estoy mudo porque de mí huyen hasta los pájaros. El viento me cruza con sus cuchillos de noche y día. No tengo amigos. Mis brazos están siempre abiertos en espera de alguno que quiera serlo.

PAYASO:

Es triste esta manera de espantar sin gritos. Yo hago reír a la gente. Aunque en el fondo mi trabajo no sea más que

una manera de no estar solo. Gozo cuando los niños se ríen, porque es una manera de dar alegría a todos.

ESPANTAPÁJAROS:

(Triste)

¡Qué bello trabajo tienes! Yo quisiera hacer reír, atraer a la gente, pero solo sirvo para ahuyentar. Me falta el don de la palabra y de la risa.

PAYASO:

Tu tragedia consiste en que no te mueves. Tú ignoras la belleza que encierra un camino; conocerlo, ver lo que hay más allá del horizonte. Yo voy por todas partes, hago reír, te dije, y hasta me río de mí mismo, porque es necesario tener conciencia de cuándo hacemos el ridículo. No te preocupes, Espantapájaros, cuando termine la cosecha vendré a buscarte para ir al teatro y enseñarte a deleitar a los niños.

ESPANTAPÁJAROS:

Gracias, amigo, pero no podré ir. Te agradezco tu buena intención. No podré acompañarte porque mi deber es velar por la cosecha, pero desde hoy me sentiré feliz, pues he conocido un amigo. Al fin estos brazos podrán estrechar a alguien.

PAYASO:

Yo no entiendo el deber teniendo que estar fijo en un sitio. De las cosas que no caminan, las únicas dignas de mi respeto son los árboles; pero ellos se mueven y reciben los pájaros y allí hacen sus nidos. Así es que me voy. Seré siempre tu amigo. Cuando termine la función vendré a charlar contigo. Adiós, señor Espantapájaros, adiós.

(El espantapájaros y el payaso se abrazan. El payaso se va. Un loro se apoya en el hombro del espantapájaros).

LORO:

¿Te molesto? Debes sentirte orgulloso de sostener en el hombro un loro real, nacido en el Orinoco. Cargo estas charreteras rojas y estas plumas en el recuerdo de mi abuelo, un cacique. Ya ves, no soy cualquier cosa.

ESPANTAPÁJAROS:

Yo en cambio soy un pobre ser que no sabe quiénes son sus padres, ni sus abuelos. Este paletó es de un señor que lo botó por viejo, el pantalón es de otro que también lo desechó. El sombrero no sé de dónde lo sacaron y los zapatos son de un caminante que se cansó de andar. Ya ves, Loro, no tengo ascendencia fija, aunque sí tengo mis historias.

LORO:

Yo sirvo para charlar y volar a los cuatro vientos. También destruyo los maizales.

ESPANTAPÁJAROS:

Eres un malvado y si pudiera huiría de ti. Eres inferior a mí, aunque me hicieran de cosas viejas para velar las siembras. Vete de mi hombro. No quiero hablar con charlatanes. Acabo de conversar con un payaso que me dijo cosas muy bellas, sin esa soberbia con que tú hablas. Prefiero la mudez antes que tantas palabras vacías. En la vida una de las mayores virtudes es saberse útil, aunque nuestra fealdad sirva para ello.

LORO:

Me voy, no porque te tenga miedo, sino porque siento hambre y lamento que tu cabeza no sea mazorca para dejarla peladita.

(Se va).

ESPANTAPÁJAROS:

Cómo me duele servir para espantar pájaros, pero si la mayoría son así de soberbios y vanidosos como este loro, me siento orgulloso de mi oficio. Esta tristeza se me cambiará en alegría cuando vea que la cosecha fue buena y que todos los campesinos son felices gracias a mi ayuda. La vida es así: tenemos que sufrir a veces para gozar después.

TELÓN

Al cerrarse el telón vuelve a aparecer el payaso.

PAYASO:

Buenas tardes, queridos amiguitos. Aquí me tienen de nuevo con la sonrisa de siempre. Vengo a ofrecerles un nuevo espectáculo. Hoy me siento muy, pero muy feliz, porque no hay otro ser más alegre que yo. En el mundo hay seres solos y tristes. Acabo de conocer uno que vive oyendo solo el viento y el diálogo de los mazorcales. Es tan feo que de él huyen los pájaros y está condenado a no moverse de su sitio. Yo en cambio, puedo bailar, gritar, cantar, saltar y sobre todo reír, ja, ja.

TELÓN

De *Los papagayos: teatro para niños* (1968)

OBRA LITERARIA



Narrativa

Tiempo de sombra

(fragmentos)

(1977)

Capítulo 7

Todos los días parecían iguales: el mismo calor, la misma luz, el mismo olor, pero ¿tienen olores los pueblos? Sí los tienen. Eso lo apreciamos cuando hemos conocido varios. Se nos meten los pueblos por los ojos, la nariz, la piel y muchas veces se nos agarran del espíritu. Al poco tiempo las primeras sensaciones se fijan o se diluyen y entonces nos sentimos parte de su vida como si hubiéramos nacido allí. Al principio, las pupilas se herían un poco con la fuerte luz del sol y del aire, venía un constante olor a petróleo, a barcos, a lago; y de sus orillas el aroma salobre de los peces, algas y vapores. Manchas de aceite sobre la tierra o sobre el agua como gigantescos nenúfares muertos o pequeños pozos, donde se miran el rostro los murciélagos y las brujas.

Esa mañana la gente había salido de sus casas como hormigas de su hormiguero. Hablaban en grupos corrían de un lugar a otro, y desde la puerta de la cocina, la mujer de Gabriel observaba aquella agitación. Los grupos de gentes se hacían más grandes en la casa de atrás. Una voz la puso al tanto:

—El hijo de la señora Rosalbina mató a un musiu porque no le quería dar sus prestaciones por varios años de servicios, como obrero, al servicio de la empresa. Varias veces trató de

hablar con él, pero no quiso atenderlo hasta que se cansó y esta mañana se jugó la última carta...

Se fue detrás de la voz hasta la casa donde lloraba una mujer rodeada de varios niños. De lo sombrío de aquel cuadro se erguía otra mujer, bastante robusta y oscura de piel, toda llena de serenidad bondadosa. Explicaba con sus labios y sus manos lo ocurrido. Era la madre del obrero y en medio de aquella golpeada humanidad, las frases se quedaban en el silencio de muchos como mudas reflexiones.

—Yo se lo dije muchas veces: si no hay justicia, tenemos que tomarla nosotros. Ese diablo rojo que vino a pisotearnos no atendía a mi hijo que iba todos los días a las puertas, a reclamar sus derechos y como un perro castigado regresaba... yo fui con él a la policía y le dije que no se preocupara, que él no está solo... yo cuidaré de su mujer y de sus hijos...

Todo el campo, el pueblo entero, estaba conmovido, pero los que más cerca vivían la tragedia, eran los vecinos de Rosalbina. Del lado de acá, del campo petrolero de los obreros, había una sombra que invadía a todos. Nos unimos ante un problema que hacemos nuestro y es que bien podía haber tocado a nuestras puertas. Más allá de los límites del otro campo, el de la cerca de grama y guachimanes, el de los extranjeros, otra sombra y otros comentarios se tejían. ¿Qué dirán los hombres blancos y rosados y las mujeres de esos hombres en su lengua o en su media lengua nuestra? ¿Qué dirían y harían los criollos que viven compartiendo comodidades? En sus conciencias tal vez la muda solidaridad hermana; pero también la razonable frase que censura a la actitud agresiva del hombre cansado, humillado y despojado de sus derechos, de su tierra, de sus riquezas. Había que esperar la decisión de los jueces y abogados mientras en la cárcel, un hombre espera su condena y unos niños inocentes lamen su tristeza sin comprender las razones de la ausencia de su padre.

Varias veces estuvo la mujer de Gabriel en la casa de aquellos seres y miraba a Rosalbina llena de fuerzas. La escuchaba con su lenguaje casi rudo y primitivo donde no cabía la desesperación ni la derrota. Hablaba siempre con la ayuda de los filósofos refranes del pueblo, con la integridad del que ha sufrido mucho y se ha hecho una coraza para defenderse.

—Debajo de la basura está el alacrán. Nunca sabemos cuándo nos va a picar, por eso debemos estar preparados. Yo soy franca como el agua de tomar, por eso le decía a mi hijo que uno debe soportar todo, menos que lo humillen en su misma tierra. Tanto va el cántaro al agua hasta que se rompe... pero esas son cosas de hombres. Yo le busqué un buen abogado pa' que me lo defienda. Mientras yo viva no le faltará nada a su mujer ni a sus hijos. Mire, estas manos están feas, pero seguiré haciendo comidas, conservas, lavando... arriba está el que pa' bajo mira...

Cada palabra, cada frase, dicha así como al aire, dejaba una profunda impresión en la mujer de Gabriel, prisionera de ella misma y que tanto necesitaba de aquellas fuerzas. Rosalbina hacía resistencia a sus grandes problemas con esa manera de afrontarlos que, más hacían admirarla que compadecerla.

Ya no se le escuchaban reproches, odios, maldiciones. Ahora le quedaba una liberación que consideraba justa:

—Yo levanté esos cuatro hijos sola. El hombre con quien vivía me dejó esos cuatro muchachos para casarse con otra y cuando me lo dijo no le lloré, le dije adiós como se le dice a un muerto. Y nada les ha faltado. Todos trabajan y me salieron honrados y buenos. Una vez llegó el hombre y que a ver sus muchachos y a que volviera a ser su mujer, entonces supo quién es Rosalbina, pues lo puse en la calle: mis muchachos no necesitan de usted ni yo tampoco, váyase que yo me valgo sola...

Otro día la vimos salir con la mujer del hijo preso y sus muchachos, y los pocos muebles que tenían. La casa cerró sus puertas para volverlas a abrir a otra familia que viviría en ella cuando se la asignaron a otro número de la Empresa. Y la casa del Campo Staff, donde vivió el musiú y su familia; también cerraba sus puertas para abrirlas más tarde a otro número Staff.

El diario de la mañana mostraba la fotografía de una mujer y dos niños que salían hacia el norte en busca de su patria, dejando atrás el recuerdo del hombre que se quedó sembrado junto al jugo negro y amargo del petróleo.

Los días siguieron con la misma luz, el mismo calor, el mismo penetrante olor del aceite, del lago y sus orillas.

Capítulo 14

Libre de las tensiones de las clases, trabajaba en ordenar su hogar. Una casa sola vive tormentos como las personas y la soledad hiere las paredes, empaña los espejos y se llenan de polvo los rincones. Estuvo varios meses resistiendo las sombras y el paso clandestino de los hombres que escondían sus vidas y palabras. Se temía hasta del aire. Ya no se sabía bien quién podría ser el amigo o el enemigo. De vez en cuando llegaban las noticias de las cárceles. Algunos esperaban la libertad condicionada o el exilio. Entre esos estaba su marido, a quien ya no extrañaba, pero que la esperanza de verlo libre le hacía pensar en su cansada humanidad. Él sufría la derrota de cada uno de los suyos y la propia derrota del hombre que ha perdido todo. En cambio, ella adquiría nuevas fuerzas y si un hilo reventaba de un lado, ya tenía otro listo para reemplazarlo. Y se contentaba de que fuera así, lo peor que puede experimentar una persona es ver destruido el único hilo que la sostiene. Así debía sentirse Gabriel, completamente derrotado entre los muros de una cárcel. ¿Qué extrañaría? ¿Tal vez la presencia de la mujer? Estaría, tal vez, aliviado, pues debía resultarle una carga grande.

Alejandrina, la mujer nueva que vino en esos días para los oficios de la casa, le hacía sentir desconfianza por sus constantes preguntas:

- ¿Dónde está su marido, señora?
- Está de viaje
- ¿Cuándo viene?
- Dentro de unos meses.

Ella no sabía cuántos, podrían ser años, pero respondía así por decir algo. Nadie conocía el destino de ninguno de aquellos hombres. Ese dependía de unas manos oscuras, las del gobierno.

Ese mediodía, uno de los compañeros más comprometidos vino a visitarla. Los grandes lentes negros ocultaban sus ojos. Sobre la sien derecha una gasa, una seña particular y un sombrero que no se quitó ni siquiera dentro de la casa. Tenía un aspecto misterioso que no pasó inadvertido a las miradas escrutadoras de Alejandrina, que ignoraba las actividades de Gabriel y la ayuda que su mujer le prestaba. El tiempo tomaba cada vez más importancia y se dejaba pasar el presente con cierta seguridad en el futuro, que por momentos la llenaba de ideas y una frescura resbalaba por sus sentimientos al presentir que, solo estaba luchando con una serie de cosas que tenía señaladas como si una mano las hubiese tendido entre lo que imaginó y lo que debía vivir. Se iba acercando más a la resignación que a veces se parecía un poco a la felicidad.

De tanto pensar y madurar los hechos, hurgaba con gran facilidad en el interior de las personas y descubría en ellas cualquier extraño vuelo. Esto le ocurría con Alejandrina a la que veía, en ocasiones, como si se tratara de una espía.

Por eso se esforzaba en ocultar cualquier conversación o actitud de sus visitantes. La mujer era una de esas personas que obran de acuerdo a sus impulsos y muchas veces llegó a pensar que, aquellos hombres extraños tenían un solo misterio: el de aprovechar las ausencias del marido para llegarse hasta ella. Y cuando el visitante de ese día se acercó un poco para decirle algo, notó que Alejandrina trataba de indagar con cierta curiosidad, entonces le hizo señas a su amigo con el dedo para que se callara y reparara en la mujer que al darse cuenta se alejó con rabia.

—Señora, me duele que desconfíe de mí. Usted puede hacer lo que quiera que yo soy una tumba. De mis labios no saldrá ni una palabra. Yo comprendo que usted es una mujer joven, sola, que necesita de su marido, y si él no está... no se preocupe que yo no diré nada.

La miró de arriba abajo sin poder dar ninguna respuesta y pensó que en estos casos, mejor es no dar explicaciones y dejar que los pensamientos ajenos se extiendan hasta que ellos se esfumen. Pero desde aquel día estaba pendiente de cualquier detalle que no le agradara para salir de la mujer. Y se presentó cuando llegó la mamá de Gabriel.

Ahora oía a cada rato hablar de Gabriel. La madre se extendía en su recuerdo y lo hacía aparecer como un mártir, pero no dejaba de extrañarse por el silencio de la esposa que no demostraba tristeza por el marido preso. En más de una ocasión se lo dejaba ver.

La madre no podía comprender que entre Gabriel y su mujer, no había otra cosa que la costumbre de estar juntos, que ahora se iba haciendo costumbre no estarlo.

Permanecía callada ante las palabras de la madre, que eran ciertas y que no podía discutir. Entre el amor de la madre hacia Gabriel y el de ella, había una gran diferencia y esa diferencia no podía entenderla la madre. A su mujer, la imagen de Gabriel se le borraba y le venían otras imágenes; las que había conocido, las que veía, las que tal vez intuía. Su pensamiento era una oruga que todavía no había despertado de su largo sueño y con una tranquilidad aparente, dejaba ver como si todas las sensaciones se le hubieran muerto. El cuerpo de Gabriel estaba prisionero entre unas rejas, el de ella, más prisionero aún, pues gozando de libertad, permanecía encerrada en una prisión más dura que no le permitía hablar a la madre de la verdad de su matrimonio o mentirle que deseaba su regreso.

Extrañaba a la madre de Gabriel estos sentimientos. Algunas veces le parecía que la mujer no deseaba la compañía de su marido. Sin embargo, no era obstáculo para que entre las dos existiera una buena relación. Había, sí, reparos en la madre de Gabriel por su proceder frío e indiferente hacia su hijo que ocupaba toda su atención. Sin embargo, ambas estuvieron alegres al regreso de Gabriel a quien llenaban de preguntas y cuidados. Se sentía contento de su libertad, pero en su rostro se dejaba ver una marcada pesadumbre. La tristeza se acentuaba con la suerte de sus compañeros y cada noticia lo encerraba en una frustración sin remedio.

Casi todo el objetivo de su vida estaba roto y no le quedaba sino la ruina de su cuerpo y de su espíritu. Como si haber recobrado la libertad significara más bien un peso, se limitó a llevar una carga que día a día minaba su humanidad y aumentaban las fatigas y los achaques.

Ella continuó durmiendo con la madre de Gabriel y ambas estaban pendientes de cualquier movimiento o ruido extraño que viniera del cuarto de Gabriel. Todos los días su suegra la criticaba por el hecho de no dormir con él, pero evadía sus preguntas y cortaba las frases con cualquier motivo que surgiera en el instante. Había comprendido que la soledad de la noche era menos cuando no percibía el roce de otro cuerpo, o cuando se podía viajar por los sueños sin más compañía que la de ella misma.

Caminaba por las calles como si no tuviera un sitio en dónde sosegar los pasos.

Miraba la ciudad tal si fuera una gigantesca prisión donde el mismo aire le era insuficiente. Todavía el sol estaba alto en el cielo y advertía en algunas viviendas una gran oscuridad. En las plazas los hombres paseaban su no hacer nada y las iglesias dejaban ver su humo y sus altas torres. Caminaba como queriendo llenar el día con sus pasos sin rumbo. Se detenía

en alguna puerta, pero más era para mirar hacia dentro de ella misma. En cada persona quería adivinar hasta el pensamiento. Esos eran sus juegos o pasatiempos y le era grato imaginar un mundo en cada persona que veía, pero de pronto desviaba sus miradas cuando la sorprendían en esa inquietante búsqueda.

A veces las conversaciones la ponían al tanto del ritmo de la ciudad, de sus problemas. Por eso se quedó mirando los que cruzaban por la calle, sin mirar el reloj, como si el tiempo no le importara y se agarraba a cada frase que se iba soltando como desprendidas de no sé qué árbol interior que las hacía vomitar.

—¡No juegue, si el carajo ese me sigue jodiendo lo voy a joder yo...!

Eran dos hombres y los seguía como un espía, con sus ojos, pero otra frase le hizo volver la cara:

—Ese pendejo lo que hace es echarme basura encima.

La impaciencia de una mujer con un niño de la mano que se pararon cerca, le hizo observarlos.

—El muérgano de tu padre nos ha dejado como idiotas esperándolo.

—Mamá, ¿qué es muérgano?

—Eso, lo que es tu padre.

No hay prisa. Estaba acomodando su nueva vida entre los escombros de una ciudad. No conocía los que pasaban, pero en todos había la misma inseguridad y desagrado. Contemplaba las vitrinas sin interés.

Solo dejaba ir el tiempo para volver a su casa, quería embotarse de ruidos, de rostros, de espacios. Los de ella eran tan vistos y vacíos, que ya no descubría en ellos nada que le hiciera hilvanar nuevos pensamientos. Veía mucha gente rumiando hambre y soledad. Entonces el panorama de esta ciudad se le presentaba difícil de comprender. Tanta miseria caminando por las calles, al lado de tanta riqueza y sin poder hacer nada para igualar su faz de siglos. Pero al mismo tiempo, Pensaba

en los que antes vio luchando por lo mismo, sin conseguirlo y seguían caminando hacia ninguna parte, y seguía pensando que no se puede transformar el ritmo de las cosas, cuando una ciudad está acostumbrada a tantos vicios, que ya hasta la mirada opaca de un niño con hambre, es una cosa corriente como el paso de una mujer que lleva soledad en sus espaldas entre ruidos de bocinas, frases, máquinas y gritos callejeros. Muchos hombres, acostumbrados a desnudar mujeres con sus miradas, le medían su cuerpo y su rostro y ella sentía el filo de esos ojos como agudos cuchillos.

Las horas transcurrían y no se había señalado una hora para el regreso. No tenía prisa. Ella solo vagaba y luchaba con ese terrible personaje que es nuestro y a quien no engañamos ni tampoco podemos ignorar. Se pueden olvidar los rostros, todos los sitios, pero ese que llevamos dentro nos persigue como un tirano. El pensamiento seguía en torno a todo lo que había escuchado y una sensación de angustia y de tristeza le cruzaba los instantes. Esa era la vida. Todos hablan de una manera amarga e ingrata. Nadie dice algo alegre. Quizá sería ese día, Pensaba. Tal vez otro será distinto. Las voces del pueblo dicen mucho.

Se llevó todas esas frases. Llegó a la casa en el mismo momento en que lo hacía la madre de Gabriel. Los dos la miraban y reparaban en sus manos vacías. ¿A qué había salido? ¿Qué había comprado? ¿Qué había hecho todo ese tiempo? Ella no dijo nada, no dio ninguna explicación. Estaba ebria de ciudad, de ruidos, de pasos. Se dio cuenta de que no había traído nada a la casa, ni unos dulces, una revista, nada. «A veces nos volvemos egoístas» Pensaba, al ver las cosas que trajo su suegra y sintió remordimiento por no haber hecho lo mismo.

Los ojos cansados y tristes de Gabriel le hicieron reflexionar un poco en lo que llevaban viviendo juntos y en lo que podía faltar por vivir. Se sumió de nuevo en esos pensamientos que siempre le asaltaban: no dejar huellas de los pasos por la vida,

ni un hijo que pudiera repetir su nombre para mantenerlo en el recuerdo. Ese temor de no querer morir nunca, de estar siempre vivo durante mucho tiempo. Y volvió a pensar en lo que arrastró al realizar aquel matrimonio absurdo, el recuerdo de los campos petroleros y de las continuas luchas consigo misma. Su piel se contraía al evocar los intentos fracasados, los reproches, los años que mantuvo la creencia de ser ella la imposibilitada para el logro de una felicidad que consideraba podrían ser los hijos y de nuevo volvió el rencor. Miró a Gabriel. Se le desnudaba el pensamiento porque la madre no pudo callar más y dijo:

—Parece como si no quisieras a Gabriel.

Gabriel la miró con una mirada honda. Ya para él hacía tiempo se le acabaron esas preocupaciones. Solo llevaba a rastro su resignación. Tenía hacia su mujer un agradecimiento o una especie de culpa por haberla escogido para compartir sus días grises. Un silencio de tránsito de hormigas se tragó las palabras de la señora que, por un momento, pensó haberse equivocado o ser injusta y mirando las tristes caras de los dos, dijo:

—Debe ser que les ha hecho falta un hijo, o varios. ¡Ellos llenan tanto un hogar y unen más a los esposos! Todavía pueden venir, pues están jóvenes, pero si continúan separados, durmiendo en distintos cuartos, me parece que no solo no vendrán, sino que el matrimonio puede acabarse. —Y dirigiéndose a ella, prosiguió:— No es bueno dejar al hombre solo que se puede enamorar de otra.

—Ya los hijos no me interesan y me parece mejor estar un poco separados. Gabriel no tiene voluntad para nada, creo que ni para volverse a enamorar. Ha sufrido mucho estos meses con la derrota de su gente. Tal vez vuelva a sentirse bien cuando ellos recobren la esperanza.

En el fondo de ella se hundían otras palabras, las que no podía decir en aquellos momentos. La madre no comprendería nada. ¿Por qué puede él enamorarse de otra por el hecho de que

se sienta solo? ¿Yo no podría pensar lo mismo? ¿Qué diferencia hay entre un hombre y una mujer para los hechos de la vida? ¿Puede estar más predispuesto un hombre para cansarse de una monotonía? Y era precisamente una mujer la que daba esos derechos a un hombre como si ella no pensara en sus congéneres. Como si las mujeres tuvieran que soportar todo lo malo, lo negativo, sin levantar la voz ni el espíritu o poder rebelarse ante una situación que deja solamente amargo sabor y duro golpe.

Sin duda era difícil para la madre no inclinarse hacia su hijo. Le pareció mejor seguir callando y dejar que la mente tendiera su red de sombríos pensamientos.

—¿En qué piensas? —preguntó Gabriel cuando se quedaron solos.

—En nada...

—No creo. Dime ¿en qué piensas? A veces te veo tan distante que me asusto.

—Pues no pienso en nada que pueda preocuparte. Me gustaría tener un aparato de televisión en la frente para que vieras las tonterías que pienso. Son tan tontas que no vale la pena contarlas.

Ambos siguieron con su cansancio y cuando ella se quedó sola, cerró los ojos para seguir con sus tristezas.

Las clases empezaron de nuevo. Se volvió a llenar de humano resplandor su existencia. Y empezó aquella noche de octubre, en que la salud de Gabriel sufría nuevos descensos.

Cada día lo invadía una nueva pesadumbre y al regresar, una noche de sus clases, lo encontró al borde de la desesperación. No podía llevar el mensaje que le recomendaron y con el que podía salvar un grupo de sus compañeros. Un dolor se lo impedía, entonces ella llena de fe, se ofreció para hacerlo y fue hasta el sitio, dio el mensaje que frustró un nuevo golpe de la policía, pues diez minutos más tarde se presentaron allí y solo hallaron a una anciana y un niño que dormían.

La razón de este libro

(Cocuyos de cristal)

Los niños son claridad y belleza. Yo no he querido hacer sino pequeños relatos de niños para niños. Este libro lo han hecho pues, los niños, con sus frases. He procurado dejarlas tal como ellos las dicen: sencillas, puras; cascadas nacidas en montañas de bruma, afluentes que concurren a un mismo río: la infancia.

El rumbo que cada uno toma, los años y las circunstancias de que se rodean sus vidas hace cambiar estas cualidades. Ya los niños dejan de serlo para convertirse en hombres y se dice: el hombre blanco, el hombre negro; el hombre pobre y el hombre rico, el bueno, el malo, el extranjero, el criollo, y nuestro mundo de sueños infantiles se va llenando de realidades y de una serie de elementos que hacen dividir el universo en dos grandes grupos: el mundo de los niños y el mundo de los hombres; pero por compleja que sea la vida, por su importancia, su trabajo o por la misión que le toque al hombre desempeñar, siempre recordará con cariño los años en que fue niño y una especie de ternura, luz y paz, aliviará sus afanes y preocupaciones. A veces vemos a un hombre sonreír cuando le recordamos algún pasaje de su niñez.

Al escribir *Cocuyos de Cristal*, no me ha movido otro deseo que el de procurar a los niños un libro donde puedan ellos reencontrarse en ternura, en travesuras, en cosas aladas. Que los padres se vean también en los relatos de sus hijos y

les estimulen con nuevos. Esto les hará sentirse más cerca de sus hijos.

En esta época de televisión, de cohetes al espacio, de viajes a la luna, los cuentos que antes nos gustaban resultan sin gracia para los niños de hoy.

Las hadas, los duendes, las brujas y los duendecillos, han sido reemplazados por cuentos de otro tipo de fantasía. Los niños gustan de los relatos con sabor a verdad. Los padres que conversan con los hijos se habrán dado cuenta de que al contarles algo, ellos preguntan:

—¿Eso es de verdad o de mentiras?

Si la respuesta es «de mentiras» demuestran poco interés y tratan de distraerse con otra cosa. Si en cambio se les dice «es de verdad» entonces se animan, quieren oír más. En cuanto a los relatos fantásticos, ellos saben que no son realidad, pero gozan con ellos.

Mi intención al escribir *Cocuyos de Cristal*, es la de poderles decir siempre que sus relatos son verdaderos y la imaginación rica de los niños se verá llena de estímulos para oírles contar otros de ellos mismos, de sus amigos, de la escuela y a la vez los invitamos al diálogo. No todos los padres saben conversar con sus hijos y deseo que este libro les brinde un comienzo. Durante su preparación he podido darme cuenta que a muchos padres, al hablarles de sus hijos, me han referido relatos preciosos que han redondeado este volumen, pero otros me han dicho: «yo, francamente, no he puesto mucha atención en las cosas que ellos hacen o dicen».

En estos días me ocurrió algo que vale la pena decirlo: un amigo y compañero de trabajo, joven pintor que gusta de la poesía, regresaba de sus vacaciones compartidas con su esposa y sus dos hijos, de cuatro y tres años. Tratando de descubrir nuevos cuentos para mis *Cocuyos de Cristal*, le dije:

«—Debes tener anécdotas muy bellas de tus hijos. —Le animé contándole algunas de los míos.

—Parece mentira que no me haya fijado en lo que dicen y hacen mis hijos. Quizá yo siempre estoy pensando en mis cosas. A veces les engaño demostrándoles que les oí y hasta me río de sus cosas, pero ahora no recuerdo nada de lo que me decían.

Estas palabras me animaron y le expliqué que estaba escribiendo un libro sobre esas cosas. —Me hubiera gustado una de tus hijos— le dije.

—Siento como un remordimiento de conciencia tenerlos tan separados de mí —me dijo— pero te prometo que estaré pendiente de sus frases y conversaré con ellos. Tal vez pronto te traiga alguna que valga la pena.»

Demás está decir lo feliz que me sentí al comprobar que sí puede llegar este libro a despertar sensibilidades.

He conservado en homenaje a los niños, el nombre de cada uno de los que originaron estos relatos, la forma de decirlos, sus observaciones cuando vieron por primera vez la lluvia, el relámpago, el mar, la luna, un animal, un juguete.

Ojalá pudiésemos obtener de cada niño un dibujo, después de haberse identificado con su relato. La timidez del niño es un eco de nuestra incapacidad para comprenderle.

De Cocuyos de cristal (1965)

Una madre sembró un rosal

En la esquina de mi casa advertí un hombre, casi un adolescente, humilde su mirada y su traje, veía lejos. Tenía unas rosas rojas en la mano derecha. Luego de verle, observé las flores y pensando que serían las últimas que le quedaban por vender, le pregunté:

—¿Vende esas rosas?

—No, —me dijo— son para mi mamá, hoy es su santo.

Seguí mi camino, avergonzada un poco, pero en mi pensamiento iba la imagen de la madre de aquel joven, buena y sencilla, como todas las madres. Pobre y llena de privaciones, pero con sensibilidad para admirar un manojito de flores. Imaginen la alegría que le daría el hijo. Pensé que no obstante la agitada vida, hay tiempo y dinero para hacer feliz a una madre que supo sembrar rosales. En una casa humilde estará una mujer esperando el regreso del hijo que en esta vez lo hará con un ramo de rosas en la mano.

De *Cocuyos de cristal* (1965)

El Ávila parece un viejito

El Ávila está hoy con un verde más oscuro, casi negro, porque ya la tarde muere y la noche invade lo que era claro.

Rubén Darío, desde el balcón frente al cerro, mira extasiado las nubes como muchachas traviesas que tratan de jugar con él, cubriendo, con sus gasas, aquí y allá. Sus negros ojos miran cómo se desplazan dando distintas formas, caprichosas algunas y casi humanas otras; pero cada vez descubre un nuevo cuadro.

Mientras la tarde pasa, todo se llena de apacible encanto. De pronto, desde el balcón se oye la voz de Rubén Darío que en ese momento ve una nueva figura, allá, en el lejano paisaje, y que le ha llamado la atención.

—Mamaíta, mamaíta, corre para que veas. ¡El Ávila parece un viejito!

En ese instante la parte más oscura toma la forma de una cabeza y las nubes se han quedado en la parte más baja.

—Es verdad, mírale la cabeza y las barbas.

Desde afuera llegan los comentarios de la madre y del hijo, tan llenos de entusiasmo, que por un momento desvían la atención de Raúl. Intrigado corre hasta ellos.

—¿Y dónde está el anciano? Quiere estrenar una nueva palabra, pues ha oído varias veces «viejito».

—No, hijo —le dijo la madre— no hay ningún anciano, es que tu hermanito es un poeta y ve las cosas distintas. Tú no ves nada, pero él y yo sí.

Raúl mira las cosas con más realidad, por eso vuelve a preguntar:

—¿Mamaíta, y los poetas ganan más plata que los militares?

—No, hijo, los poetas no ganan nada.

—Entonces yo siempre voy a ser militar —dice— y se va a continuar lo que estaba haciendo.

Rubén Darío sigue descubriendo nuevas figuras en el Ávila que parece darse cuenta de su muda contemplación. La madre, en silencio, observa.

De *Cocuyos de cristal* (1965)

El juguete que no llegó

Ha regresado el tío de Luis Guillermo de un viaje corto que hizo por otro país. Los sobrinos lo reciben con más entusiasmo que nunca. Trae los brazos llenos de paquetes. Luis Guillermo con sus tres años sale también a recibirlo. Su tío le dice: «aquí viene tu regalo».

Ya se ve con un juguete que no puede precisar lo que será, pero sus ojitos brillan como dos lamparitas, tratando de adivinar. Se alegran y dan luces cuando pasan de un paquete a otro. Por fin se abre el que viene señalado para él. Aparecen dos pantalones.

Nada dice el niño, mas sus ojos hablan. Han perdido el brillo de antes. Sus labios callados dicen de su desilusión. Toma los pantalones, los mira varias veces hasta detenerse en la etiqueta. Allí queda un rato largo su mirada.

Notando su tío que su regalo no produjo la alegría que esperó dice con cierta nostalgia:

—A Luis Guillermo como que no le gustó el regalo.

Levantó el niño su cara y mostrando la etiqueta que tenía un niño tan pequeño como una hormiga, con los pantalones, un bate, una pelota y un sombrero, dijo:

—Es que le faltó el sombrero y la pelota.

De *Cocuyos de cristal* (1965)

La muñeca rota

Apareció rota la muñeca fina que habían comprado a Carmen Carolina en diciembre.

—¿Quién ha roto la muñeca? —preguntó la mamá disgustada y por un momento olvidó que los juguetes son para que los niños jueguen y no para tenerlos como objetos de adornos.

—¿Quién ha roto la muñeca? —Volvió a preguntar la madre. La mirada iba dirigida a la niña.

—Yo no fui, mamá, fue el nené.

La madre castigó al niño para que no lo volviera a hacer. Lloró mucho Enrique y ya calmado le dijo a su hermanita:

—Tú eres maluca, chichita, dijiste que fui yo y me pegaron duro.

—No, nené, no llores que cuando tú rompas algo dices que fui yo para que me peguen a mí.

Se limpiaron las lágrimas. Volvieron a jugar juntos y todo olvidado.

De *Cocuyos de cristal* (1965)

La respuesta ligera

Subía Ingrid la reja de su casa. Ingrid es una niña de tres años y medio, hija de un compañero de trabajo. Subía y subía hasta casi alcanzar el final cuando fue sorprendida por su padre.

—Ingrid, ¡bájate de allí!

La niña no hizo caso y siguió subiendo. El padre pensó que estaba muy pequeña para darle una explicación y volvió a decir:

—Ingrid ¡bájate de allí! Si no te bajas te voy a pegar.

La niña asustada regresó sus pasos y ya cerca de su papá le preguntó:

—Papá, ¿por qué no me dejas subir por la reja?

—Porque no me da la gana —le contestó.

—¡Así no se le contesta a las niñas! —respondió Ingrid con su carita nublada por el llanto.

De Cocuyos de cristal (1965)

Delirios de un colibrí

Lo vi dar vueltas buscando algo. Se detenía en un sitio el tiempo que dura un pestañeo. Luego se iba a otro, nervioso. ¿Qué habría perdido? Si algún pensamiento cortaba mi atención se perdía de mis ojos, mas un leve movimiento indicaba su presencia. Los demás seres no reparaban en él, pero se agitaban cuando los rozaba con su figura.

Pequeño su cuerpo. Su mundo no conocía barreras. Era como una pequeña flor errante: ritmo y color.

En un momento lo vi multiplicarse. Parecían muchos al reflejarse en la fuente. Cómo medía su sed: bastaban unas gotas.

Ahora persigue a alguien que va a refugiarse en el centro de una flor. Utiliza sus medios, pero no quiere herir a la rosa y huye. El jardín está lleno de su vibrátil presencia. De vez en cuando una sombra lo retiene y no lo veo. Otra vez es un relámpago que cruza ante mis ojos.

Ahora se detiene frente a un árbol. Queda como suspendido en el aire. Algo le dice. Nada oigo. Está lejos. Tal vez pidió permiso para pasear por sus ramas porque lo hace con la misma prisa de antes. Tampoco está allí lo que busca, porque vuelve al jardín. Lo asusta un retazo de papel que arrastra el viento por la hierba, pero no, es el jardinero que entra con su ancho sombrero y un rastrillo al hombro. El pequeño ser huye

hasta mí, pero su cuerpecito se estrella en la luna de la ventana y cae a mis pies.

No quiero tocarlo por temor a herirlo más. Un hilo de sangre, casi como un cabello brota por su pequeña cabeza. Toda su sangre cabría en un cuentagotas. Se agita, abre los ojos, los cierra silencioso.

No sé cuánto tiempo pasó porque las cosas de la vida suceden así, unas detrás de otras, con tanta prisa que no se pueden medir por horas.

—Mamá, mamá, el jardinero nos quitó la pelota y no quiere devolverla. Dice que estropeamos el jardín, que tumbamos los pétalos, que le hacemos perder el trabajo, que no la dará más... pero ¿qué tienes?

Sus ojos buscan hasta descubrir el animalito herido. Luego se fijan en los míos, asombrados e interrogantes:

—¿Lo mataste tú?

—No sería capaz. Estaba en el jardín y alguien lo asustó. Corrió hacia la ventana y se hirió con los cristales. Por un momento, mi hijo olvidó la pelota y tomándolo en sus manos dijo:

—¡Está vivo todavía! ¡No debe morir! ¡Yo lo curaré! ¿Qué mágicas palabras pronunciaría en su oído?

¿Qué le harían sus manos? El colibrí se levantó, miró a todos lados, buscó el claro de la ventana y en silencio se fue. Mi hijo vuelve con su queja. Le pregunto:

—¿Qué le hiciste?

—Nada. Dijo que tuvo fiebre y que veía cosas feas. ¿Cómo serán los sueños de los colibríes?

De *Cocuyos de cristal* (1965)

El nacimiento de un sapo

—Mamá, hoy sí estuvo bonita la escuela...

Cuando Margarita dijo esto lo decía no porque encontró los capachos del jardín encendiendo sus corolas al aire, ni porque el sol se metía, curioso, por las ventanas buscando los pupitres o iluminando la frase amanecida en el pizarrón. Más que todo esto, ya visto tantas veces, Margarita encontró más bonita la escuela porque había pasado a un nuevo grado y ese día la maestra les habló de la naturaleza.

—Mamá, hoy sí estuvo bonita la escuela. La maestra nos dio una clase como un cuento. Nos dijo cómo nacen los sapos: primero es un huevo, después una larva, más tarde es un renacuajo y por último es un sapo, pero, mamáita, yo no voy a decir renacuajo porque es una palabra fea. Yo voy a decir así: primero un huevo, después una larva, después casi un sapo y por último un sapo de verdad.

De *Cocuyos de cristal* (1965)

Los pozos de mi infancia

«El agua es la hermanita mayor del rocío».

(Frase escrita por un niño de diez años)

Cuando camino cerca de los pozos que ha dejado la lluvia me saltan a la mente los que veía siendo niña. Era la edad en que se está a la orilla de los sueños. Muchas cosas se nos presentaban confusas. Entonces no teníamos el cine, la radio, la televisión, que tanto ayudan a los niños de hoy.

Vivíamos en un verdadero país encantado. Cada niño se hacía un mundo a su manera y el mío ¡qué hermoso era! Estaba formado de palomitas de cristal, de cocuyos, de hormigas, de estrellas que bajaban a jugar en la hierba y yo esperando a cada momento un hada buena que me tocara con su varita de luces.

No era de extrañar, pues, que mi mundo me mostrara las cosas cubiertas con muchos velos. Los años, poco a poco, las fueron aclarando, aunque todavía en mis ojos hay algunos velos que me permiten verlas con ciertos matices de color.

Le temía a los pozos de mi infancia. El cielo se retrataba en ellos y los imaginaba profundos, sin fin. ¿Cuántos animalitos caerían en sus aguas, en la oscuridad de la noche?

Cuando se secaban iba corriendo a verlos nuevamente. La tierra se había tragado también los pozos.

De Cocuyos de cristal (1965)

La lluvia

Llueve. Llueve. Puntos de agua sobre el tablero de la tierra. Las plantas parecen alegrarse con el regalo que llega del cielo. Desde la ventana la miro caer y quisiera lucir una gargantilla de cristal de lluvia. Cómo canta en mi alma un arcoíris: amor, fe, luz, esperanza, paz, salud y alegría.

Mientras gruesas gotas caen, pienso cuando mi hijo mayor vio la lluvia por primera vez. Se agarró de mi falda y se cubrió con ellas la cabeza para que no le cayera encima. Después llovía cuando lo traía del jardín, si llovía quería seguir bañándose con ella.

Estoy recordando todo esto mientras mi hijo más pequeño está a mi lado. De pronto sus gritos me hacen volver a él. Sus brazos se extienden para que lo tome en los míos. Ya seguro, mira por el cristal, pero todavía siente miedo. Es la primera vez que mira la lluvia.

—¡Uy, uy, uy! Sus ojitos buscan los míos.

Lo cubro de besos y le digo: «no temas a la lluvia, hijo, la lluvia es agua que cae del cielo. Mira las nubes, mira cómo se bañan las flores, mira cómo los pajaritos se bañan». Él no entiende y sigue aferrado a mí, pero un día llorará, como mi hijo mayor, cuando lo traiga del patio porque quiere que lo siga acariciando con sus hebras cristalinas. Hará muchos barcos de

papel que sus pequeños sueños llevarán muy lejos, y cuando sea un hombre recordará las primeras lluvias con cariño y alegría.

De *Cocuyos de cristal* (1965)

Dos gotas de agua

—Mamaíta, ¿de dónde nació tanta agua?

Cuando no se habían inventado aún los barcos porque la tierra era solo tierra, nació de su corazón una gota de agua. Vivió solo hasta que nació otra. Eran tan claras, tan frescas, que no se sabía cuál era una y cuál la otra. Por eso cuando dos personas o cosas se parecen, decimos: son como dos gotas de agua. El sol las veía y el reflejo de sus miradas crecía en colores que encendieron a lo lejos el arcoíris.

Las gotas de agua fueron esponjándose. Crecieron. Nacieron otras que fueron a vivir en las hojas, en el cojín de la hierba, estas se llaman gotas de rocío. Se hicieron cada vez más numerosas y se extendieron por toda la tierra. Unas formaron los mares, los lagos, los pozos, los manantiales y los ríos; muchas prefirieron las nubes para regresar después en la lluvia.

Esta fue la respuesta que se me ocurrió darle al niño que me preguntó mientras miraba la inmensidad del mar:

—Mamaíta, ¿de dónde nació tanta agua?

De *Cocuyos de cristal* (1965)

Semana Santa en Puerto Azul

Anabella es una niña como todos los niños de estos cuentos. Sabe hacer observaciones y cuando ve una película o le cuentan algo pregunta aquello que más le llamó la atención, y muchas veces son tan inteligentes las preguntas que se hacen difíciles para responderlas.

Durante la Semana Santa fue con sus padres a Puerto Azul y la llevaron a ver *La Vida de Jesús*, película que se proyectaba en el cine del club. No pudo Anabella pasar con indiferencia el sacrificio de los inocentes, ordenado por un rey ambicioso y cruel que mandó matar a todos los niños para que entre ellos cayera el Niño Jesús, que llamaban Rey de los Judíos.

A la niña llamó mucho la atención que un ángel se le apareciera a San José, padre del Niño, para avisarle el peligro que correría su hijo. Esa misma noche huyeron San José, la Virgen y el Niño.

Anabella no podía comprender estas cosas por eso preguntó a su padre:

—Papá, ¿por qué ese ángel no les avisó a todos los niños para que se salvaran también?

Un gran silencio se hizo en torno de la niña. ¿Qué podría responder el padre que no empañara el cristal del alma de su hija?

De *Cocuyos de cristal* (1965)

Poesía

Acerca
tu lámpara
a mi orilla.
Quiero
ser brisa
caracol
resedá
y darle
aire
misterio
aroma.

De *Con el camino* (1986)

Pregúntale
a la
estrella
dónde
guardó
la luz
aquella
noche
que juntos
hicimos
un hombre.

De *Con el camino* (1986)

Cielo
alcancía
de mi luna.
Tapete azul
donde cuento
mis luceros.

¡Oh! Tú
vigilante
de mis horas.
Guarda tu manto
de luciérnagas.
La noche ignora
donde duermen
los pájaros
y sus cantos.

De *Con el camino* (1986)

Escondo
mi palabra
en una
estrella.

El espejo
resucita
los que
se fueron
y un hombre
llena el aire
de ecos
lastimeros.

Afuera
el viento
estrena
alas.

De *Con el camino* (1986)

Tú
y yo
fuimos
al
paraíso
en busca
de la
manzana
arrojada
por los
dioses.

Sólo vi
una
serpiente.

De *Con el camino* (1986)

Entra.
Quiero
mirarme
en tus
pupilas
y
descansar.

De *Con el camino* (1986)

No
me
iré.
Me
quedaré
en tu
almohada
en el
retrato
el helecho.
En mis
cantos.

De *Con el camino* (1986)

Cuando
me haya ido
te quedará
el aroma
de mi piel
el río
de mis venas
y
el
silencio...

De *Con el camino* (1986)

Huyen los fantasmas
perseguidos
de mi silencio
único y fiel
compañero
del instante.

No me asusta
el viento
si en tu pecho
mi voz
renace
en este oficio.

De *Con el camino* (1986)

No quiero
que los hijos
interroguen
a las piedras
por mis pasos.

Les hablarán
de heridas
mas no dirán
que tuve prisioneros
los caminos.

Demos un nombre
a la mañana
y digamos que el viento
se equivocó de puerta.

Volvamos domingo
este día sin lumbre
misas
aromas.

Cambiemos la hoja
al calendario
y empecemos a soñar.

De *Con el camino* (1986)

La piedra vuelve
a herir
y se queda prisionera
en mi costado.
Lloro hacia dentro
por la risa inocente
que me robó el carcelero.

Hago dibujos en la arena
y sueño con el viaje
que inicié en la montaña.

De *Con el camino* (1986)

En el frailejón
descubro el misterio
y lo miro en busca
del canto infinito.

En honor a sus flores
amarillas de luz
extiendo el pensamiento
uno mis campanas
y sueño...

De *Con el camino* (1986)

Diálogo nocturno

Hay espigas bailando con luceros,
tiemblan los corazones vegetales,
las aguas encrespan sus melenas
y las voces de la noche repiten este canto:
Qué bien se ve el día en los trigales,
grande el mar cuando se va de viaje,
triste el llanto del niño con hambre,
dulce el grito del hombre con futuro.

Sigue la montaña en la perdida esquina
haciendo cintas con las hojas,
nadie responde, ni viene,
el eco ha enmudecido
callado por los gritos de otros hombres.

Está allí convertido en piedra,
el agua corre por sus sienes,
por sus manos, por su rostro.
No tiene dónde detener su cauce.

Mar y montaña le hablan otro idioma
más claro que la lengua mía,
pero los ojos de los muros no pueden brillar
porque el agua del mar huyó a las nubes.
Los nombres están escritos
con agua sobre el agua,
hay sombras entre las mismas sombras,
la fresca hierba es humo,
se ha cambiado en llamas.

Vuelvo por los duros caminos del viento
sobre el corcel vibrante de la luz,
levanto el polvo que las sombras dejan,
busco entre rayos la voz y la sonrisa,
encuentro mares muertos, caracoles negros
y redoblan las piedras como un viejo campanario.

De *Rostro de soledad* (1964)

Allí está la muerte

Hay huellas de pasos recorridos,
hay pétalos dispersos, hojas secas
crujiendo por silencio de musgos,
también recuerdos sin color,
relojes mutilados,
olvido.

Están los golpes de campana martillados,
los mapas en pedazos por el suelo,
los pájaros perdidos entre redes,
está el llanto,
la muerte.

Una araña su hora aguarda,
una respuesta busca la pregunta,
dormido el canto,
truncado el vuelo,
cerrada la puerta numerada.

Allí está la muerte...

De Rostro de soledad (1964)

Todo está dicho

Todo está dicho.
¿Para qué he venido?
¿Qué extraña fuerza me sacude
golpeando las fechas contra el muro?

Si todo está dicho,
escrito,
hasta el nombre
ignorado del lirio,
el penúltimo salto,
un grito degollado.

Todo está dicho.

Una sola palabra bastaría
para apresar el rayo nuevo,
levantar el cielo que ha caído
y encantar las libélulas del día.

Todo está dicho,
escrito,
hasta el olvido.

De Rostro de soledad (1964)

La última gota

Vuelca su eternidad la piedra
hacia el costado de mis agonías
con pedazos de la tristeza.

Tener el cielo
el río
la luz del llanto
no basta a la
dulzura de este oficio
la última gota
colma el vaso.

Casa que guarda
los misterios de la ciudad
sin palabras de esperanza
sin amor tras las rejas
estatuas sin tiempo
solo la salvan de la muerte.

De *Poemas de Entrecasa* (inédito)

Paisajes cercanos

A orillas del camino
transita una larga espera
donde corren ríos
con barcos ciegos
que ignoran riberas.

Ahora estoy a la sombra
de árboles multiplicados
que me preguntan por los otros
derrumbados junto a rocas.

De *Poemas de Entrecasa* (inédito)

Paisaje roto

Despierta a la ciudad
el ruido extraño
de un paisaje roto
caído sobre sus raíces.

Tratamos de unir pedazos
de cielo derrumbado
montañas sobre el césped
relojes fuera del sitio
reconstruir por dentro
la casa de estudios
canciones y esculturas
misteriosos pasos
y esas grandes palabras
tantas veces repetida.

De *Poemas de Entrecasa* (inédito)

Último adiós

Cuando salí de la vieja casa
ella se vino detrás de mí
como perro fiel olfateando
regresos y bienvenidas
con sus violines de entrecasa
despertando sueños y recuerdos.

Toqué varias veces la campana
para ver salir la nostalgia
mirándola siempre de frente
me despedí entre lágrimas
y ella se escondió en las nubes.

De Poemas de Entrecasa (inédito)

Espejos sin luz

Rompe el viento
los espejos sin luz
apaga rostros
fotografías
secretos de alcoba.

Del viejo piano
salen lamentos
de primaveras
ángeles de fuego
llegan a despertar
olvidos y cambiar
el ritmo de mis
pensamientos para
esperar luces nuevas
cuando se aleje
la tristeza.

De Sortilegios (inédito)

Noche ciega

Hace tiempo no estoy
en el retrato luminoso
ni he vuelto a mirar el sol
porque la noche ciega
me robó mis ojos.

Ahora camino
en busca de lunas
donde sembrar mi llanto
y levantar mis sueños
a la altura del agua.

De *Sortilegios* (inédito)

Voz del hechicero

Campanas alegres
multiplicadas en el viento
devuélveme tu luz
para encender leñas
en la piel del mago.

Campanas repiten
la canción de ayer
quiero arrullar mi canto
ante el misterio
de los sortilegios.

De *Sortilegios* (inédito)

Primera lección del bosque

El bosque me enseña
a vivir entre el humus
y el aire detenido en mí.

Primera lección del bosque
¿bosque? Que vos no escuchas
porque el ruido del viento
dice bosque ¿bosque? Pregunto
si vos eres mi amigo
¿por qué llenas mi bosque
de árboles derribados?

Aprendí a vivir entre el humus
y mi aire detenido
ahora tendré un bosque eterno
resistente a los vientos.

De *Mi bosque sorprendido* (inédito)

Segunda lección del bosque

Bosque mío que me enseñas
a resistir las tormentas
con las manos juntas
en actitud beatífica
escuché tu voz vegetal
y me dormí a la sombra
de tus ramas tranquilas
bosque bosque callado
tu silencio guía mi raíz
del árbol sediento y taciturno
donde algún día vendrán pájaros
a fabricar nidos cerca del fruto
maduro que guarda mieles.

Bosque
bosque
bosque mío,
recíbeme como un árbol
que dará sombra
y semillas para
un nuevo bosque.

De *Mi bosque sorprendido* (inédito)

Cascabeles del viento

Escondiste tus cascabeles
para que no sintiera
tu presencia de ángel.
Cambiaste el perfume
para no descubrir
tu esencia inconfundible
mas no pudiste evitar
mi anhelo por verte
entre el gusto de tu piel
y mi asombro de niña
frente al juguete deseado.

Qué palabras cambiarías
para resucitar el sueño
en el frenesí de tus caricias
cuando entre besos decías

Tu cuerpo tiene la medida
exacta de mis brazos
tus senos palomas dormidas
despiertan en mis manos
y tu boca se llena de fragancias
mientras treinta pájaros blancos
sonríen en tu caja de música.

Vivo estos instantes sonoros
sin borrar este sueño hermoso
entre serpentinas de colores
y cascabeles del viento.

De Mi bosque sorprendido (inédito)

Índice

OBRA INFANTIL	9
Narrativa para niños, niñas y jóvenes	11
Cantaclaro el hijo del viento	13
El cuento de la Cigarra niña	15
La lunita traviesa	17
Minicuento del ratón Rosario	19
La musaraña y los frailes dorados	21
Aventuras por caminos de trigo y nieve	23
El ratoncito que vio el mundo al revés	25
Los ratoncitos enamorados	27
Diario de una muñeca (fragmentos)	30
Capítulo I	30
Capítulo VI	33
Capítulo IX	34
Poesía para niños, niñas y jóvenes	37
Los luceros cuentan niños	39
Madre	40
Los tucusitos	41
Sierra Nevada	42
La escuela	43
Navidad	44
Mi bandera	45
El lápiz	46
Las vocales	47

El río	48
Maraquita de plata	49
La cometa	50
El trompo	51
Balcones del agua	52
El Ávila juega	53
Canción de doña sapa	54
Trabalenguas	55
Jugando con la erre	56
Juego con la jota	57
Para mi mesa	58
El niño pintor	59
Para colorear	60
Mi camino nuevo	61
Un cuento feliz	62
Concierto del día	64
Animales saltarines	65
El cielo y el mar	66
Canción de la lluvia	67
Cantares del cántaro	68
Canción de paz	69
Cuentasueños	70
Teatro para niños, niñas y jóvenes	71
Los papagayos	73
El vendedor de globos	78
Dos muñecos, un loro y el viento	83

OBRA LITERARIA	89
Narrativa	91
Tiempo de sombra	93
(fragmentos)	93
Capítulo 7	93
Capítulo 14	97
La razón de este libro	105
Una madre sembró un rosal	108
El Ávila parece un viejito	109
El juguete que no llegó	111
La muñeca rota	112
La respuesta ligera	113
Delirios de un colibrí	114
El nacimiento de un sapo	116
Los pozos de mi infancia	117
La lluvia	118
Dos gotas de agua	120
Semana Santa en Puerto Azul	121
Poesía	123
Diálogo nocturno	137
Allí está la muerte	139
Todo está dicho	140
La última gota	141
Paisajes cercanos	142
Paisaje roto	143
Último adiós	144
Espejos sin luz	145
Noche ciega	146

Voz del hechicero	147
Primera lección del bosque	148
Segunda lección del bosque	149
Cascabeles del viento	150

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

*El tiempo de la estrella. Obra
selecta de Carmen Delia Bencomo*

Digital

se editó en la ciudad de Caracas,
con motivo de ser la escritora homenajeada
en la FILVEN 2023
República Bolivariana de Venezuela,
septiembre de 2023



El tiempo de la estrella hace un recorrido por toda la obra conocida de Carmen Delia Bencomo transitando en los varios géneros literarios, tonos y voces que con gran versatilidad creó, casi como una bitácora de sus viajes, encuentros y despedidas. Aunque muchos de sus libros los concibió pensando en los niños, otra parte de su literatura se desplaza hacia su yo más íntimo, el más doloroso e incluso, el que retrata las diversas realidades que empañan a la sensibilidad humana, a Carmen Delia Bencomo. Sus novelas enuncian, desde un sentido sociológico, los estadios que atraviesa la mujer en medio de su desarrollo, su rol como persona que ha tenido que moldearse en los diversos escenarios de la historia y de la vida. Una obra selecta que nace en el marco de la celebración de su centenario y con el objetivo de ponerla en las manos de los lectores para revitalizarla y honrarla dentro de la literatura venezolana, como un referente valioso de nuestra tradición literaria.

CARMEN DELIA BENCOMO

(Tovar, 5 de julio de 1923 - La Guaira, 12 de octubre de 2002)

Poeta, narradora de cuentos y obras de teatro para niños y jóvenes. Fue maestra de preescolar y bibliotecaria en Caracas y en la Creole de Cabimas. Colaboradora en varias publicaciones periódicas como en la *Revista Shell de Venezuela*, *La Religión*, *Cultura Universitaria*, *Revista Nacional de Cultura*, *Churum Merú*, *Tricolor*, *Diario Crítica*, *El tren de colores*. Coordinadora de Actividades Culturales de la Compañía Shell, Directora Fundadora del Instituto Zuliano de Cultura, Coordinadora de Cultura de la Gobernación del Estado Mérida. Inventó una manera de hacer arte a través de retazos de tela. Publicó los libros *Muñequitos de aserrín* (1958), *Rostro de soledad* (1963), *Cocuyos de Cristal* (1965), *Los luceros cuentan niños* (1967), *Los papagayos: teatro para niños* (1968), *Diario de una muñeca* (novela juvenil - 1972, 1984, 2022; *Diario de Maruja*, 2004), *Tiempo de sombra* (1977), *Los cuentos del colibrí* (1984), *Con el camino* (1986), *Cantaclaro* (Caracas, 1997), *33 Minicuentos para dormir ratones* (2016) y *Caja de poesía* (2023), recientemente reeditados por el Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo del IBIME en Mérida, Venezuela. Parte de su obra permanece inédita.